

do todos la nave, à un violento remolino; sorbiendosela el mar, no pareció mas de toda ella, ni hombre, ni tabla; de modo, que la señal de la Cruz, por donde fueron conocidos, esa les sirvió de señal, para que quedasen ahogados. Si: *Quid prodest, dice San Agustín, si signum Christi in fronte, & in ore gestamus, & intus in anima crimina, & peccata recondimus?* (Sanct. Aug. *Serm. 215. de Temp.*) ¿Qué aprovecha poner la señal de Christo en la frente, quien tiene en el corazón, con la culpa, la marca del demonio? ¿De qué sirve tener en lo exterior en la Cruz la señal gloriosa de Christiano, quien en el alma, por el pecado, tiene gravado el hierro de venta de condenado? Y en fin, ¿quién tiene al fuego de sus apertis gravada la S, y el clavo del demonio? ¿qué logrará con haber vivido señalado con la Cruz de Christo? Mayor culpa, mayor pena, mayor condenación: *Qui male operatur* (dice San Agustín) *quando se signat, peccatum illius non minuitur, sed augetur.* ¿Judas, Judas, con un ósculo me entregas? ¿con un ósculo me vendes? ¿con un ósculo me llevas à la muerte? ¿Señor, Señor, que mas parece que os duele aquí un beso de Judas, que allí la bofetada de Malco? Sí: No veis, que es señal de amistad el ósculo, y hacer la ofensa debaxo de la que es señal de amor, es suma maldad: *Hoc malum fecit signum*, (le dá en la cara la Iglesia à este traydor, no tanto con la culpa, quanto con lo perverso de su solapa) *hoc malum fecit signum, qui per osculum adimplevit homicidium.* Con la señal, con la señal de amigo ocultar obras de traydor! ¡Oh, qué vileza! ¡Oh, qué maldad! Pues si la Cruz, Christianos, es la señal con que nos preciamos de ser de Jesu-Christo, la Cruz ha de ser tambien la que mas gravemente nos condene, si nuestras obras no dicen con la señal de lo que somos.

San Gregorio Turonense (*Greg. Tur. l. 1. de Glor. Mart.*) refiere haber visto una Cruz engastada en una piedra preciosa, de una propiedad tan admirable, que si el que la miraba estaba en gracia de Dios, y sin culpa en su alma, la Cruz se mostraba hermosísima, y cercada de un purísimo resplandor; pero si llegaba à verla alguno que estuviese en pecado mortal, la Cruz al punto, perdiendo todo su resplandor, iba quedando triste, y obscura, hasta ponerse toda negra. ¿Qué fue esto? Preveniéndos de lo que con la señal de la Cruz nos ha de suceder el día del Juicio. Entonces, dice S. Mateo, que ha de aparecer la señal del hijo del hombre: *Tunc aparebit signum filii hominis.* (Matth. c. 24. vers. 30.) ¿Y para qué ha de aparecer? Para que solo con verla, dice San Chrysostomo, (*Hom. 20. in Matth.*) no sea menester mas acusacion. Aquella señal ha de ser entonces la que mudamente, poniendoles à los Christianos à los ojos sus obligaciones, que no cumplieron ingratos, à que no correspondieron agradecidos,

les hará señal (¡qué terrible!) de su condenacion eterna: *Non opus erit accusationis ubi viderint Crucem.* Christiano, prosigue el Chrysostomo, contra ti han de gritar los clavos, y la Cruz ha de ser el acusador, el testigo, y el Abogado, que pida tu condenacion: *Clavi de te conquirentur, Crucis Christi contra te perorabit.* Por el contrario, los buenos Christianos, los que allí estarán escogidos, dicen gravísimos AA. (*Corn. in Ezech. c. 9. v. 4.*) que tendrán en sus frentes gravada la señal de la Cruz por señal de su gloria, por señal de su salvacion. ¡Oh, Dios, que la Cruz, que ahora es señal de todos los Christianos, ha de venir tiempo en que esa misma Cruz sea señal, que distinga los unos de los otros Christianos! Oh, si acá lo conociéramos, como se lo dió à conocer la misma Cruz à aquel exemplar prodigioso de la penitencia, à aquella muger admirable, que habiendo puesto por pena sus pasadas culpas, elevó hasta los Cielos su santidad.

Sea, pues, este el exemplo, Surio à 9. de Abril. (Teofil. *Rain. t. 9.*) Nació en una Ciudad de Egipto una niña, que à los doce años de su edad, consumada en siglos de hermosura, perdió à sus padres: ¿Qué desgracia! Si la habian de cuidar, fuero sin duda: pero si la habian de servir de lo que acá suelen no pocas madres, la dicha de las hijas fuera de haverlas perdido, para no estar ellas perdidas. Aquella en fin, con libertad, con hermosura, y con pocos años (¡oh, qué tres atractivos para el mas desventurado precipicio!) à ese la despeñaron, Porque viniéndose à la Ciudad de Alexandria con ella, introduxo allí el infierno todas sus máquinas, y los que desde luego empezaron en aplauso de su hermosura, se continuaron en horrores de su torpeza, y en ecos escandalosos de su infamia. Diez y siete años prosiguió tan vil ramera, que ella misma provocaba lo que detenia, ò la vergüenza, ò el enfado. Así corria, quando acercándose en Jerusalem la solemnisima Fiesta de la Exaltacion de la Santa Cruz, à que concurrían de las Provincias mas remotas à vér, y gozar aquella Señal gloriosa de nuestro remedio: saliendo en una Nave muchos de Alexandria, à que ella, oyendo fiesta, sin mas devoción que al concurso, à vér, y ser vista: Allí he de ir, dice: y al punto lo executa. Entrase en la Nave à proseguir allí en un mar de culpas, y à trasladar à Jerusalem sus escandalos. Previno sus adornos para la Fiesta: llegóse el día de la Exaltacion de la Santa Cruz, en que el Arzobispo de aquella Ciudad, puesto en un lugar alto, mostraba al Pueblo aquel Santo Madero, en que conseguimos nuestra Redencion. Fuese aquella entre innumerable concurso, ¿A qué? A la Iglesia: ¿Qué de ellas lo dicen así, y van mas al Infierno, que à la Iglesia! cómo aquella iba. Pero, ¡oh misericordia infinita, como logras tus amorosos tiros, donde menos lo piensa un alma! Llegó ésta, y muy ufana ibase à entrar con todos: quando al llegar à los

um-

umbrales, siente que la detienen, sin vér qué manos; forceja à moverse, y en vez de adelantar el paso, vé, que la va retirando no sé qué impulso. ¿Qué es esto? ¿Si acaso fue el aprieto de la gente? Vuelve segunda vez con mas cuidado, y siente que sin poderlo resistir, por segunda vez la retiran. ¿Qué tengo yo? ¿Todos entran, y yo sola no he de poder, ni aun llegar à las puertas? Porfia tercera vez, y no vale: vuelve por quarta vez, y aun se queda. Aquí yá la luz del desengaño; y aquí atropada la eficacia del Divino auxilio. Estos son mis pecados, dice, que no quiere Dios que yo vea su Cruz, pues soy yo la que he agravado à su Cruz tan infamemente el peso. Así lo pensaba, quando levantando los ojos, vió sobre la puerta una Imagen de la SS. Virgen Maria, y entonces derretido su corazón, empieza à hablarla con sus lagrimas, y prosigue à mover su piedad con sus gemidos: Oh, Señora, Madre de pecadores, yá veo, y conozco quan perdidamente lo he sido; ¿pero qué no conseguí de tu Hijo, si tú eres mi fiadora? De lo pasado, ¡oh, cómo me arrepiento! Y en lo venidero, ¡qué otra será mi vida! Yá veo mis torpezas, yá conozco el numero sin numero de mis culpas; yá lloro los imponderables daños de mis escandalos. Concededme, Señora, que yo vea ahora la Cruz, que yá he de conseguir con mis pasos, y que yá he de retratar en mi vida: dixo, é yendose à la puerta, yá sin que la embarazara nada, entró al Templo, adoró la Santa Cruz, yá con el corazón tan otro, que de allí salió à hacer la mas prodigiosa penitencia, que vieron los desiertos, y à alcanzar una santidad de las mas prodigiosas, que adoramos en los Altares: esta fue la conversion de Santa Maria Egypciaca. A vista de la Cruz, ¡qué dicha! Oh, no aguardemos nosotros à quando la señal de la Cruz nos deseché para el Infierno; logremosla quando nos es señal de gracia, para que por ella podamos conseguir la Gloria.

## PLATICA VII.

En día de Corpus-Christi: del origen de la Fiesta, y de su solemne Procesion.

A 25. DE MAYO DE 1690.

Nuestra explicacion nos obliga hoy à seguir la Cruz, y el día nos está convidando à ir en la Procesion: todo es uno; que seguir la Cruz, eso es ir en Procesion, segun el lenguaje de los antiguos Christianos, dice nuestro erudito Raynaudo: *Crucem sequi, dicitur pro eo quod est interesse processione.* (Rayn. tom. 15. *Her. f. 106. num. 16.*) Tan antiguo es el uso santo, de que vaya siempre delante de la Procesion la Santa Cruz, que desde el quarto siglo de la Iglesia, en que respiró yá la

Christianidad de trescientos años de persecuciones, y tormentos, así que el Gran Constantino arboló la Cruz por vándera dichosa à sus Exercitos, la Iglesia Santa levantó tambien la Cruz por Estandarte piadoso à sus Procesiones. (*Ap. Rayn. ibi.*) De los tiempos de S. Chrysostomo lo refieren Sócrates, Sozomeno, y Nicéforo. Y de sus tiempos lo menciona establecido el Gran Emperador Justiniano en la Novela Constitucion 123. De aquí, pues, vino el comun modo de decir, que seguir la Cruz, es ir en Procesion. Con que sin dexar de seguir la Cruz podemos nosotros hoy ir en la Procesion: y tanto, dice nuestro Raynaudo, que los antiguos Christianos, por decir voy à la Procesion, decian: *Voy à la Cruz: In altis S. Candelis dicitur, parentes eujusdam puellae reuersos à Crucibus: id est, à Processione.* (Rayn. ubi *supr.*) De modo que ir à la Procesion lo miraban entonces los Christianos como ir à la Cruz. No sé si ahora tienen tan por Cruz esto de ir à la Procesion. Allí lo saben, allí lo vean; pues lo cierto es, que à la Procesion del Corpus-Christi con mucha especialidad deberiamos ir como à la Cruz; porque ef hacernos el Señor este Divino, infinito, é inexplorable beneficio de darsenos en manjar en su Sacramento, quiso que siempre fuera tierno recuerdo à nuestra memoria de su Pasion, y de su Cruz. A esa miran en el Santo Sacrificio de la Misa tantas Cruces como hacemos los Sacerdotes, y à eso atendió el Señor en querer, que este Sacrificio fuese siempre tan à vista de la Cruz, que ésta no falte del Altar. Dígalo el tan prodigioso como sabido milagro de la Cruz de Carabaca, que del Cielo traxeron los Angeles, porque no faltase Cruz en el Altar. Y de S. Ignacio, Arzobispo de Constantinopla, refiere Baronio, que siempre que consagraba, al alzar la Hostia, la Cruz que estaba en el Altar, à ese mismo paso se iba levantando en el ayre, y baxaba tambien la Cruz, al paso que baxaba la Hostia. Tal correspondencia tiene con la Cruz este Divino Sacramento, porque en él nunca nos olvidemos de la Cruz. Y ahora pues yá va delante la Cruz, empecemos à vér la Procesion del Corpus, como quien sigue en ella la Cruz, quiero decir, con espíritu, y con devocion. Pero mientras van llegando los Santos, y se ponen en orden las Cofradias, me pregunta un curioso, ¿quál fue el principio de esta Fiesta? ¿Y qué fin pretende la Iglesia con esta solemne Procesion? Va de fiesta, y venga de atencion.

(Hautino num. 1063. y num. 1070.) Por los años de 1210. florecia en Lieja de Flandes una Santa Doncella de muy conocida virtud, llamada Juliana de Monte Cornelio, à ésta quando en lo mas fervoroso de su oracion, dió en representarse una hermosísima Luna; pero aunque cercada de bellísimos resplandores, advertía, que para llenar del todo su hermoso círculo, le faltaba un poco; reparó la Santa Virgen, y respondieronla del Cielo, que aquella Luna era la Iglesia Militar, y

¿quien para llegar á toda la plenitud de la hermosura en sus Sagrados Ritos, le faltaba celebrar una solemne Fiesta al Santísimo Sacramento. Ella, tan humilde, como virtuosa, temiendo algun engaño, se acogió al seguro dictamen de ver, y callar. Veinte años estuvo viendo esta vision, y callandola veinte años, (no callan tanto otras las que quizá no son revelaciones.) Hasta que el año yá de 1230, concurriendo otra semejante revelacion á otra tambien Santa Doncella, llamada Isabél, con esto se alentó Juliana á decir lo que habia visto. Y comunicada la materia con gran madurez entre Varones Doctísimos, Roberto entonces Obispo de Lieja el año de 1240. publicó esta fiesta en su Obispado, (Rayn. t. 13. Heter. fol. 207. num. 14. & fol. 209.) Era Arceobispo entonces de Lieja Jacobo Pantaleon, el qual llegando poco despues á ser Sumo Pontífice de la Iglesia, se llamó Urbano IV. y yá en la Silla, con aquellas noticias, con otros milagros que sucedieron, y á instancia de otra Santa Virgen, que florecia tambien en Lieja, y se llamaba Eva: porque si fue una Eva la que nos dió en un bocado la muerte, fuese otra Eva la que hiciese triunfar en el mundo el marjar, que nos dá la vida. En fin, Urbano IV. el año de 1262. expidió una Bula llena de piedad á toda la Iglesia, mandando, que en este día se celebrara esta fiesta, con todas demostraciones de piedad, y de regocijada devocion. Mas tardó su execucion hasta los años de 1206. en que el Sumo Pontífice Clemente V. en el Concilio Vienense la confirmó de nuevo; y con todo pasaron algunos años hasta el de 1317. en que el Sumo Pontífice Juan XXI. promulgando las Clementinas, incluyó aquella en la Clementina: *Si Dominum*, de *Reliquiis*, y mandó, que se hiciese la solemnisima Procesion. Y desde allí se empezó á celebrar por toda la Iglesia con universal regocijo. Y por acabarles de dar un recio tapaboca á los impíos Hereses, la confirmó despues con gravísimas, piadosísimas, ponderosísimas palabras el Sacrosanto Conc. de Trento en la *Ses. 13. c. 5.*

Este es, pues, el origen de salir aquel Divino Sol Sacramentado, á llenar la Luna hermosa de la Iglesia de bellísimos resplandores, á derramar en nuestras almas purísimas Luces, á esparcir en nuestros corazones rayos que los encienden. ¡Oh, Christianos! Cante alegres triunfos nuestra Fé, dé saltos de placer nuestra esperanza, suba en quieta llama nuestra caridad, derramense toda en festivos aplausos de devocion, el Cor. resuene en alegres concertos, la Musica resuene toda su harmonia en dulces hymnos, la pureza rebese por los labios el regocijo en alabanzas, y asómese por los ojos en lagrimas el alborozo.

Pero yá van llegando los Estandartes: ¿qué significa esto? ¿Pues no bastaba uno? Insignias eran en la antigüedad del triunfo, llevar el Vencedor por delante las Vanderas de los Exercitos vencidos. ¿Y acá? Son esos Estandartes insignias de

nuestra Fé, en que gustosamente cautivos nuestros entendimientos, adoramos á nuestro verdadero Dios debaxo de las especies de Pan. ¿Y cuántos actos de Fé le habeis ofrecido hoy, Católicos? No sé si os habeis acordado, que si toda la diversion se busca á los ojos, no tiene ojos la Fé. Acuerdome, que en este día se renueva siempre con ternura en la Ciudad de Guatemala la memoria de aquel Venerable Varon, Padre de pobres, el Hermano Pedro de S. Joseph, que en este día atando su cápa en una gruesa perliga, para que á él le sirviese de Cruz, lo que al Divino Sacramento de victorioso Estandarte, con él tan fuera de sí, entre los regocijos de la Fé, iba en Procesion, yá reboleando, é yá batiendo su vandera con tales demostraciones de un absorto, y abrasado zelo, que asomando á los unos las lagrimas, á los otros la admiracion, y á todos el ajuste, era él solo el que gobernaba toda la Procesion. ¡Ah, Christianos! ¿Cuánto le agradaría mas á Dios aquella cappa de palmilla burda, puesta en un palo, que muchas sedas, y muchas telas hechas estandarte del demonio! Aquel mismo Dios, que está llenando de gloria á los Cielos, es el que se pelea entre nosotros; avivénos la Fé; eso será llevar en la Procesion el Estandarte. Pero yá van pasando las Co-fradías, y todos con velas encendidas en las manos. ¿Porqué? Era tambien esa en la antigüedad insignia de triunfo. No puedo detenerme á erudicion. (Haut. n. 1055. *El Triunfo de Julio Cesar*. Ir. num. 11058.) Pero acá es eso triunfar en amorosas llamas de encendidos afectos nuestra caridad, han de ir los corazones mas derretidos en amor, en amor todas esas materiales llamas, que así á nuestro Dios su amor infinito le hizo en aquel Sacramento quedarse con nosotros: ¿con qué se paga amor, sino con amor? Habia acompañado en este día la Procesion el Emperador Ferdinando II. llevando en la mano un hacha de quatro pavilos, y del exercicio, y del peso lo sobrevino una terrible hinchazon al brazo, y mientras daba cuidado, y aún amagaba peligro, llegó la Procesion del Domingo: hoy, le dixo uno de sus Principes, está V. Magestad escusado de asistir á la Procesion: No lo estoy por cierto (respondió) que todavia me queda el otro brazo, con que asistirle en su debido obsequio á mi Dios; y así lo hizo. ¡Oh, corazón Austriaco! Basta, que con esto he dicho lo Católico. No respondió eso cierto Guardian, que de miserable, porque no se le gastará cera, querria que la Procesion de este día anduviese solo por dentro del Claustro. Instaronle con tanta porfia los del Pueblo, á que habia de salir por las calles, que viendose apurado, y apretado á sus instancias, volviendose al Señor, le dixo: Señor, bien sabeis quan pobre está el Convento, y así toda la cera que se gastare, me la habeis de pagar. Se la pagó el Señor tan puntualmente, que habiendo andado la Procesion por espacio de quatro horas, ardiendo en ella muchas hachas, pesandolas des-

pues,

pues, se halló, que no se habia consumido, ni una gota. ¡Ah, corazones apocados! Lo que se dá á Dios no se pierde. Arded, arded, que allá vereis en lugar del consumido el logro. Pero yá llegan los Santos; y qué de ellos vienen! Si. Es costumbre muy antigua en la Iglesia, que con sus Santas Imagenes nos acompañen acá en la tierra los que yá en el Cielo triunfan, no solo para que nos alcancen de Dios nuestros ruegos, sino tambien para que á vista suya se aliente nuestra esperanza, que los hemos de ir á acompañar allá en el Cielo, en aquella Procesion festiva, en que ellos siguen á este Divino Cordero, que acá nosotros celebramos. Ahí iba hoy la Imagen de S. Felipe de Jesus: ¿cuántas veces veria él en esa calle, como nosotros ahora, la Procesion? Alíentese, pues, nuestra esperanza; mas para que sea verdadera, hemos de tener en el alma el adorno de las demás virtudes. Eso nos avisa todo ese aparato con que se asean, y se previenen las calles, sombras, ramos, y flores, tapiques, colgaduras, y sedas: todo es decirnos, que las flores, y los ramos de la naturaleza se ayuden con los brillos, y graciosos tejidos de la gracia: y esa será la mejor prevencion de precioso adorno para celebrar aquel Divino Sacramento. Si; ¿pero qué hemos de decir á los Gigantones? Confieso, que no he podido hallar el origen: mas yo pienso, que es decirnos, que por virtud de este Divino Sacramento, quedamos todos tan robustos, tan poderosos, tan fuertes, que con este Pan Soberano, mejor que aquellos fabulosos Gigantes, hemos de escalar el Cielo, y nos hemos de hacer dueños de la Gloria; y si es tanta nuestra dicha, las danzas nos exciten al espiritual regocijo: las musicas hagan rebosar el gozo en nuestros corazones; los clarines, las chirrimias, y las campanas conspiren al regocijado alborozo, á la alegre pompa, al festivo aplauso. ¿Qué linda vá la Procesion? Si. Como lleva los Estandartes nuestra Fé, las antorchas nuestra Caridad; con los Santos vá nuestra Esperanza, y todas las Virtudes sean el adorno, y las colgaduras de nuestras almas; linda Procesion por cierto, pero si no hay esto, lo demás nada sirve.

Pero á todo esto ¿no hay quien me pregunte por la Tarasca, pues ha de salir? que es fuerza. Este nombre Tarasca se tomó del Verbo Griego *Theracto*, que quiere decir espantar, poner miedo. ¿Con que Tarasca quiere decir espantajo? Si: ¿no le vén aquella figura, qué fiera? Parece Dragon, parece Ballena, parece Sierpe, y lo es todo; pues es Tarasca: esa significa el Demonio, aquel Dragon fiero, de quien nos promete David, que lo ha de sujetar Dios, hasta ser juguete de muchachos: *Draco iste quem formasti ad illudendum ei*. Aquel Leviathan carniceiro, monstruo marino, de quien nos promete Job, que pescandolo nuestro Dios con su anzuelo, lo ha de dexar tan sin fuerzas, que sea la risa, la mofa, y el entretenimiento de la Plebe: *Nunquid illudes ei quasi avi, aut ligabis eum au-*

*illis tuis?* (Job. c. 40.) Así quedó el Demonio por virtud de aquel Divino Pan Sacramentado, hecho un espantajo de risa: porque si comulgamos como debemos, nos tiembla, dice S. Chrysostomo: *Ab illa mensa recedamus facti diabolo terribiles*. (Chrys. hom. 61. ad P.) Pues demostre la vaya á ese Tarascon fiero: triunfe en nuestras almas nuestro Soberano Dios Sacramentado.

Este es, pues, el fin de tanta fiesta, que pues hemos visto su principio, y sus medios, bien será que veamos su fin. En dos partes lo divide el Santo Concilio de Trento. El primero, para que hoy los que tuvieren sentimientos de Christianos, desagracien á N. Redentor de las afrentas, injurias, y tormentos, que por nosotros padeció en su Pasion. ¿Y esto ha de ser cómo? Dixoelo el Santo Concilio: *Singulari, & rara significatione*. No basta con qualquier devocion, no basta con qualquier afecto, sino con una singular, y rara demostracion de piedad. ¿Singular y rara? ¡Ah, Católicos! Por las calles de Jerusalén anduvo N. Redentor maniatado, y preso; mofado como loco, malhechor, puesto entre dos ladrones; y ¿cómo lo habeis hoy sacado por esas calles? Vuestras almas lo han de decir: si lo habeis adorado con ternuras del corazón, con afectos del alma, con reconocimiento; agradecidos de la Fé, con esmerados actos de virtudes, con limpieza de la conciencia, triunfante ha salido nuestro Dios. Pero si han privado las visras, si ha sido todo el cuidado á las galas, si ha sido toda la atención á la vanidad, y si ha sido toda la fiesta cometer culpas: ¡Oh, Dios mio! Mira, mira le decía en un día como este S. M. á Doña Sancha-Carrillo, habiendosele aparecido cubierto de frescas llagas, corriendo viva Sangre, afectado todo, y escupido: Mira cómo me maltratan hoy en el mundo, que me ponen tal, qual me ves, ¿Oh, Señor, y estarás hoy así? Cada uno lo piense, lo pondere, y lo lllore, si es que haya lagrimas, que basten á llorarlo.

El segundo fin de salir hoy el Señor por esas calles, dice el Santo Concilio, es para que le recompensemos con rendidos amorosos obsequios los estupendos, y formidables descaatos con qué tantas veces se le han atrevido, no solo los Hereses, y Judíos, sino aun los malos Christianos, recibiendo sacrilegamente aquel divino Sacramento. Y para agravios tan inexplicables, tan estupendos, ¿quáles son en recompensa nuestros obsequios? ¿Ponerse una gala este día, salir por esas calles á lucir? Gran cosa. ¡Ah, Fieles! ¿dónde está nuestra Fé, nuestro amor, nuestro agradecimiento, y nuestra devocion? ¿Qué importa, que hoy sea tanto á la Procesion el concurso, si toda esta Octava se están las Iglesias casi solas, mostrando, que solo se busca hoy la diversion? ¿Y plegue á Dios no sea peor lo que se busca! ¿Qué importa que á las fiestas acudan tantos á la Iglesia, si lo restante del día la dexan sola, mostrando que van á buscar, no á Dios, sino á la musica? Fieles míos, por el amor infinito, que á nuestro Dios en aquel Sacramento le debemos, por

los

los beneficios inmensos, que así nos hace, ruego, y pido á todos, que sea éste el fruto de esta Plática, que cada uno, según sus ocupaciones, dedique una hora, ó siquiera media cada día de esta Octava, para asistir devoto, y agradecido á su Dios, y Señor, patente en el Altar. Y para poner aliento á esta tan justa devoción, no quiero que sea el ejemplo de los Serafines, ni de los Santos, no me digan, que ni son tan espirituales, ni tan Santos. Un bruto ha de ser el que nos ponga confusión, y vergüenza.

Historia prodigiosa, que refiere nuestro Eusebio Nieremberg, (Nier. Hist. Nat. l. 9. c. 94. pag. 200.) y afirma, que sucediendo en sus días, tenía con mucha razón llena de admiración á toda España. En la gran Ciudad de Lisboa, en la vecindad de la Parroquia de Santa Justa, un Pastelero tenía un perro de mediano cuerpo, color rubio, manchas blancas, llamabale Tudesco. Bien merece que escriban sus señas, y su nombre un perro tan prodigioso. Este, ó por destino de su dicha, ó por disposición admirable de la Providencia, se dedicó todo á servir al Santísimo Sacramento, con tal cuidado, que al punto que con las campanas hacían en la Parroquia la señal de salir el Santísimo, donde quiera que estuviese, y á cualquier hora, al punto, dando saltos regocijados, corría ligero á la Iglesia, rodeábala toda, y volvíase á su casa, hasta que á la segunda señal de que ya el Señor salía, volvía otra vez corriendo; y después de hacer muchas fiestas, ganaba su lugar delante del Pálio: iba con el Señor, y entrando en la casa del enfermo, echábase con toda quietud en el patio, hasta que saliendo su Magestad, volvía de la misma suerte, hasta entrar en su Parroquia, y jamás se apartaba, hasta haber encerrado el Santísimo en su Tabernaculo. Empezó ya á causar reparo esta continuación de este dichoso animalillo; y por ver si era solo contingencia, pusieron quantos medios fueron posibles por detenerlo, por divertirlo, ó por engañarlo; porque ni acariciándolo su amo, se daba por entendido entonces, ni arrojándole carne, bastó jamás para detener su gana, por correr á la Divina obediencia. Quitaron algunas veces los Monacillos, por ver si eran con ellos sus caricias; pero él proseguía con el Señor de la misma suerte. Lo encerraron muchas veces, pero en oyendo la campana, con las uñas, con los dientes, con la inquietud, con los gemidos se hacía pedazos, hasta que obligaba la lastima á darle soltura, y al punto corría exalado á buscar el Santísimo, donde quiera que iba. ¡Hay mas racional animal! Pues lo mas prodigioso era su zelo. Iba delante del Señor, como he dicho, y siendo tan manso, no había que burlar con su cólera, si viera alguno menos reverente. Así iba una noche, y en la calle estaba un hombre dormido, y por eso, descuidado de adorar al Señor, embistióle el Tudesco como un Tudesco, y no cesó de asfigirlo, hasta que ya puesto de rodillas, sin mas diligencia se sosegó el perro. Otro Cavallero iba en su caballo, y se le hizo muy

difícil apearse; pero el Tudesco se lo facilitó bien presto; porque le embistió con tal furia, que no hubo quien lo detuviera, hasta que desmontó aquel, se puso de rodillas, y he aquí el Tudesco sosegado; pero con mas prodigio, que habiéndole el cavallo quebrado una mano, no fue posible detenerlo para curarlo, sino que manqueando prosiguió con el Santísimo: llegó al enfermo, volvió á la Parroquia, y entonces, yéndose á su casa, dexó que lo curáran. Otra vez, llena toda la Iglesia de tupido concurso, sacando el Santísimo, una muger se quedó en pie, y sin que al perro le pudiese estorvar la muchedumbre de la gente, saltando por entre todos, llegó á ella, y la acometió con tal furia, que parecía quererla hacer pedezos: hicieronle señas que se arrodillara: hizolo, y al instante se acabó el pleyto, y vuela el Tudesco haciendo fiestas. ¡Oh, bruto prodigioso, que así sabes enseñar respetos á los racionales! Por último, Jueves, y Viernes Santo, por espacio de veinte y quatro horas estuvo este animal asistiendo al Santísimo Sacramento, con tal fineza, que olvidado de la comida, no hubo quien del Altar lo apartara.

¡Oh, mi Dios, y Señor Soberano de nuestras almas! si así en un bruto hallas amor, veneración, zelo, y respeto, ¿cómo podrán resistirse duros á tu amor nuestros corazones? Triunfa, mi Dios, triunfa, que á tus debidos obsequios rendimos muy gustosos toda nuestra Fé; ofrecemos por victimas cautivas nuestras almas en tu amor; y regocijada te repartirá estos días alegres alabanzas nuestra esperanza; que si acá nos concedes la dicha de acompañarte, gozarte en tu Soberano Sacramento, fuente de la gracia, esperamos en tu infinito amor, que te veremos tambien con colmo felicísimo en la gloria.

#### PLATICA VIII.

*Porqué de entre todas las demás Insignias de la Pasión de nuestro Redentor, sola la Cruz es la Insignia, y Señal del Christiano?*

A 10. DE JUNIO DE 1690.

Para entender las leyes, se han de leer las rubricas, y es regilla muy repetida de los Juristas: *Lege rubrum, si vis intelligere nigrum; rubrica textum explicat.* Es el caso, que al principio de cada ley se pone en breve de letras coloradas (por eso se llaman rubricas) se pone, digo, ó la ocasion, ó la circunstancia, ó el tiempo, en que se hizo aquella ley; y así se conoce en qué está su vigor, y fuerza: por eso, pues, dicen, que para entender la ley que está de letras negras, se han de leer las letras coloradas. ¡Y qué buena regla para nuestra Doctrina! Tenemos en la Cruz, Christianos, el compendio de todas nuestras le-

yes,

yes, el resumen de todas nuestras obligaciones; y lo que es mas, tenemos en la Cruz, como dixo San Pablo, (1. ad Cor. 1. 25.) cifrada, y junta toda la Sabiduría de Dios: y para que podamos entender los inescrutables secretos de la Divina Sabiduría, que en la Cruz se encierran, para que atendamos quánta es la fuerza de las obligaciones, y las leyes, que la Cruz nos pone, hemos de leer en esa Cruz las rubricas; quiero decir, aquellas letras coloradas, que con la purpura de su Sangre tiene escritas en tan lastimosas llagas el Soberano cuerpo de nuestro Dios, que está en esa Cruz crucificado; ¡Oh, si éste fuera nuestro continuo libro, nuestro estudio, y nuestra meditacion, cuánto sería, almas, nuestro provecho! ¿Cómo nos ajustariamos á las leyes, que nos pone la Cruz, si leyeramos aquellas coloradas rubricas en el Cuerpo de nuestro Redentor! A vista suya se nos harían muy fáciles los preceptos, que nos parecen tan difíciles; allí veríamos muy suaves las virtudes, que tan asperas, y tan arduas nos parecen. Yá, pues, hoy nos toca ver las rubricas de la Cruz; vimos yá como la Cruz es nuestra insignia, y nuestra señal; sepamos ahora porqué.

Este porqué es la pregunta que se sigue en el Catecismo, y antes de responderla, veamos la dificultad, que envuelve solapada este porqué, que no sé si la reparan todos; y en advirtiéndola, entonces le agradecerán al Catecismo lo fácil de su respuesta. Es cierto, que así como la Cruz fue instrumento de la Pasión de N. Redentor; así tambien fueron instrumentos de su Pasión la Columna, los Azotes, la Corona, los Clavos, y la Lanza. Si la Cruz tuvo la dicha de tocar tan inmediatamente su Divino Cuerpo, tambien le tocó, y aun con mas inmediacion, la Corona, que le penetró con sus espinas la cabeza: los Azotes, que le desgarraron sus carnes: los Clavos, que le traspasaron sus santísimas manos, y pies: y la Lanza, que entró su punta hasta su purísimo corazón. Ahora, pues, la dificultad; y veamos qué me responden. ¿Porqué sola la Cruz ha de ser la insignia, y la señal del Christiano, y no la Columna, los Azotes, la Corona, los Clavos, ni la Lanza? Si es porque la Cruz fue instrumento de la Pasión de N. Redentor, todos aquellos fueron tambien instrumentos: si es porque la Cruz tocó tan inmediatamente á su SS. Cuerpo, tambien le tocaron todos aquellos instrumentos; ¿pues porqué de todos sola la Cruz es nuestra insignia? ¿Porqué sola la Cruz ha de ser, y es la señal del Christiano? Este es aquel porqué del Catecismo. Miren si tiene dificultad, y tal que se empeña á responder el Principe de los Theologos. Ventila este punto el Angelico Doct. Santo Thomás en la 3. p. q. 25. art. 3. ad 4. (Vid. Sum. t. 3. in 3. p. disp. 52. sec. 2.) Y hace el argumento en materia de adoracion. Es cierto, que así como adoramos la Cruz, por lo que mira al contacto que tuvo al Sacrosanto Cuerpo de N. Redentor, adoramos tambien todos aquellos otros instrumen-

tos; pero con distincion, que la Corona, la Lanza, y los Clavos, &c. la adoramos solo la original, quiero decir, aquella misma, que tocó inmediatamente al Señor, donde se guardan estas preciosas reliquias, estos preciosísimos originales; mas no por eso adoramos luego qualquier corona de espinas. No adoramos una lanza, una columna, ni un clavo; porque la adoracion se la debemos solo á aquellos mismos que fueron instrumentos, y que tocaron al SS. Cuerpo de N. Redentor, no á sus retratos. Pues ahora la Cruz no es así; que no solo debemos dar adoracion á aquella misma Cruz en que fue crucificado N. Redentor, sino tambien á qualquiera otra imagen suya: no solo adoramos el *Lignum Crucis*, que así llamamos las reliquias, que se guardan de la Cruz misma de N. Redentor, sino que tambien debemos adorar qualquier Cruz sea de lo que se fuere, de plata, de oro, de madera, y aunque sea de popote. ¡Pues valgame Dios! ¿Porqué ha de tener esta ventaja solo la Cruz, de que la adoremos, no solo en su original, sino en qualquier retrato suyo, y no así la corona, los clavos, la lanza, &c. que solo los adoramos en su original? ¿Estos no fueron, tambien como la Cruz, instrumentos de aquella Pasión Santísima, con que fuimos redimidos? Si, *Ista tamen* (responde yá el Angel de las Escuelas) *Ista tamen non representant imaginem Christi, sicut Crux, que dicitur signum filii hominis: & inde est quod Crucem Christi veneramus in quacunque materia: non autem imaginem clavorum, vel quorumcumque hujusmodi.*

Es el caso, que ni la corona, ni los clavos, ni la lanza, son imagen, y retrato de nuestra Vida Christó; ¿no lo ven? Una corona, ¿en qué se parece á un hombre? En nada, y lo mismo los clavos, la lanza, y lo demás. Pero la Cruz es una imagen, es un retrato de nuestra Vida Christo crucificado. ¿Qué es un hombre extendidos los brazos? Una Cruz. Pues por eso solo á la Cruz, y no á los otros instrumentos, de qualquiera manera que sea, le debemos la adoracion, dice S. Thomás; porque ella sola es figura, è imagen de Christo; ella sola es la señal de Christo: *Que dicitur signum filii hominis*, añade el Angelico Doct. Ahora, pues á nuestro intento. Sola la Cruz es la insignia, y señal del Christiano. ¿Porqué? Y yá que han visto la dificultad de este porqué, le agradecerán la respuesta tan breve, y tan clara al Catecismo, *Porque es figura de Christo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.* De modo, que ni la corona de espinas, ni los clavos, ni la lanza, ni ninguno de los otros instrumentos de la Pasión, son la insignia, y señal del Christiano; porque no son figura, ni son imagen de Christo, y sola la Cruz, porque es figura, porque es imagen de Christo crucificado, es nuestra señal, es nuestra insignia.

¿Y qué se sigue de aquí? ¡Oh, Dios, lo que se sigue! Se sigue, que no nos basta tener la Cruz, si con la Cruz no tiene en sí mismo cada uno de nosotros la imagen del Crucificado. Se sigue, que de nada

ser

servirá retratar à Christo con la Cruz en la frente, si no retratamos à Christo con la Cruz en la vida. Se sigue, que nada aprovechará hacernos con la Cruz la figura de Christo, si con las costumbres retratamos la fiereza abominable del Demonio. *Pretiosum est signum Crucis*, dice S. Pedro Damiano, *sed prout gestamus in fronte, utinam portemus in corde.* (Pet. Dam. Ser. 30. de S. Cassian.) Preciosa es la señal de la Cruz; ¿pero qué nos valdrá todo su precio, si trayendola en la frente, no la traemos en el corazón? Aquel la trae en su corazón, que con todo su amor ama al que fue crucificado en esa Cruz, que guarda sus preceptos: que los que tienen por su Dios al vientre, à los deleytes, à los apetitos, ¿qué importa que hagan sobre sí la señal de la Cruz, si son enemigos de la Cruz? dice S. Pablo: *Inimicus Crucis Christi?* Alexandro Luzagio, Varon muy espiritual, repetía muy de ordinario esta sentencia: *Es imposible tener el Crucificado sin Cruz.* (ad Phil. 3, ap. Lyr. fol. 330.) Cristiano, ¿quiere tener tu alma à Christo crucificado? Pues has de tener Cruz en tu alma; y si no puede haber crucificado sin Cruz, tampoco la Cruz ha de estar sin el crucificado, que es su figura, es su retrato, es su imagen. Pues si lo es, ¿cómo hemos de retratar con la Cruz al crucificado? Con el agradecimiento, con la imitación, con la vida.

Mira, alma, cómo está tu Dios en la Cruz. Inclínala la cabeza, como quien te llama, como quien concede à tu ruego, como quien se inclina à tu perdón; los brazos estendidos, como quien te franquea todo su pecho, como quien te desea admitir à sus brazos, y como quien por tí hizo quanto pudo alcanzar, que es infinito; abierto el corazón para que te entres en él, para que en él te acojas, para que en él te salves, y todo el cuerpo corriendo sangre, para que tú te laves, para que tú te limpies, y para que tú quedes redimido. Pues de todo esto es figura la Cruz, que tienes por señal; mira si tienes corazón que baste para pagar en agradecimiento tanto beneficio. Si es la Cruz tu señal, ¿dónde tienes en esa señal retratado à Christo en tu agradecimiento? ¿Cuántas veces te has puesto à pensar un rato siquiera estos beneficios? ¿Haces tantas veces sobre tí la señal de la Cruz, y nunca te has acordado de que esa Cruz es figura de Christo crucificado, por quien en ella fuiste redimido? Pues paga siquiera con tu memoria, y con tu meditacion lo que por tí hizo Dios con tan terribles tormentos, y así será en tí la señal de la Cruz imagen de tu Dios crucificado. No tienes fuerzas, no tienes salud para llevar la Cruz con silencios, disciplinas, ayunos, penitencias; pues lleva siquiera esa Cruz con la meditacion de Christo crucificado, y oye à Alberto Magno, (Alb. Magn. 1. de Mir. ap. Engel. D. Quin. §. 3.) La simple memoria, ò meditacion de la Pasion de Christo, dice este gran Doctor, vale mas, que si uno ayunára à pan, y agua todos los Viernes del año; mas que si cada semana se disciplinára hasta derramar san-

gre: *¿Tanto vale solo el meditar la Pasion de nuestra Vida Christo? Si, Hija, le dixo su Magestad à Santa Gertrudis: joh, qué palabras de tan sumo consuelo! Hija, el que en su vida me mirare à mí crucificado con devocion, y con ternura, yo le miraré à él con benignos ojos en la hora de la muerte.* (Ap. Engel. sup.) Esto, pues, será traer en nosotros con la señal de la Cruz la figura de Christo crucificado, traerlo siempre en la memoria, y en la meditacion. Ese argumento nos hace à los Christianos el Apostol S. Pedro: *¿Sois Christianos? ¿Seguis à Jesu Christo? ¿Teneis su señal? ¿Pues qué se sigue? Christo igitur passo in carne, & vos eadem cogitatione armamini.* (Epist. 1. cap. 4. Vid. ibi Corn.) Lo que se sigue es, que si Christo padeció por vos tan terrible muerte en la Cruz, que vos quando toméis estas armas de la Cruz, sea con la memoria, y la meditacion de aquella muerte.

¿Así? Pues volvamos à ver muchas veces con la señal de la Cruz la figura de nuestro Dios crucificado. ¿Cómo está allí? Hecho Maestro de todas las virtudes. Pues eso es empeñarnos à que retratemos en nosotros con la señal de la Cruz su imitación. Allá, porque Alexandro Magno traía siempre inclinado ácia un lado el cuello, todos sus príncipes afectaban andar con el cuello torcido. Porque Platon hablaba bleso, y tartamudo, sus discípulos afectaban tambien hablar tartamudeando. Porque el Emperador Carlos V. por los dolores de cabeza se quitó el pelo, al punto todos los Príncipes, y Cavalleros, cortandose las cabelleras, que tanto estimaban, salieron con las cabezas desnudas. Porque Sabina Popéatenia el cabello como azafran, de que gustaba mucho Nerón, todas las mugeres de Roma buscaban à toda costa tintas con que teñirse de aquel color los cabellos. Y acá vemos esto cada día en esos usos, que tan à porfia se introducen, y tan de competencia se imitan. Pues si así de una criatura se procura imitar aun la deformidad, la fealdad, y el vicio; ¿porqué de nuestro Dios no procuraremos imitar las virtudes, que todas juntas nos las está mostrando en la Cruz? ¿Quién no será humilde viendo à Dios en tanta ignominia? ¿Quién no será paciente, viendo à Dios entre terribles tormentos? ¿Quién no mortificará sus gustos, viendo à Dios con los pies, y manos clavadas? ¿Quién no refrenará sus apetitos, y sus pompas, viendo à Dios desnudo, y que para su sed tan terrible, halla solo hiel, y vinagre? Y en fin, quien vé à su Dios muerto, ¿cómo no le entregará toda su vida, de modo, que ni se mueva, ni piense, ni aliente, ni respire, sino con Jesu-Christo crucificado?

Padre, esa es mucha perfeccion, y que habla solo allá con los Religiosos, con las Monjas; no con los que vivimos en el mundo, Aguarden, y no me oyan à mí, sino respondanle à S. Pablo: *Pro omnibus mortuus est Christus, ut & qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei, qui pro ipsis mortuus est.* (2. ad Cor. c. 5.) Por todos, por todos murió Jesu-Christo. Eso dice la señal de Cruz, que todos fui-

fui-mos por Christo redimidos en ella. ¿Y qué se sigue de ahí, Apostol Santo? Oid, oid la voz del grande Pablo: Lo que se sigue es, que los que por Christo viven, no han de vivir ya para sí mismos, sino para aquel que murió por ellos. ¿Eso se sigue? Pues pregunto ahora, tú, que alegas por excusa, que no eres Religioso, que no eres Monja, que vi-ves en el mundo; pregunto: ¿murió por tí Jesu-Christo? Mira si lo puedes negar. Y si no puedes negarlo, ¿qué se sigue? *Ut & qui vivunt, jam non sibi vivant.* Lo que se sigue es, que solo has de vivir para aquel que por tí dió su vida. Cyro, Rey de Persia, venció en campaña à Tigranes, Rey de Armenia; y teniendole cautivo con su muger, preguntó delante de ella: ¿qué me darás por que restituya à la libertad à tu Esposa? Si yo lo tuviera, te diera todo mi Reyno, responde; pero habiendole ya perdido, lo que te daré porque la lib-res, será mi sangre, y mi vida. Movido Cyro con esta respuesta, les dió luego à los dos libertad. Volvianse alegres, y entonces preguntó Tigranes à su Esposa; ¿qué te pareció el Rey Cyro? ¿No es bizarro, galán, y generoso? A que ella respondió: ¿Qué me preguntás que yo todas mis atencio-nes, mis ojos, y mis pensamientos los tuve puestos solo en aquel, que por mí libertad ofreció su san-gre, y su vida; y así, ni vi, ni advertí nada en otro ninguno. (Xenoph. lib. 3. Hist. de Inst. Cyr. ap. Lyr.) ¡Oh, confusion de vuestra vida! ¡Oh, verguenza de nuestros divertidos afectos! Aquella so-lo por una oferta quedó tan arrebatada, que to-dos sus pensamientos, sus ojos, sus atenciones, y sus afectos se los robó el que por su libertad ofe-ricó solo su sangre, que pudo ser oferta manifiesta; y nosotros, habiendo derramado nuestro Dios no en oferta, sino en la realidad, toda su sangre, por darnos la libertad, habiendo padecido la mas ter-rible muerte por darnos vida, así nos divertimos de su amor? ¿Así nos volvemos à las criaturas? ¿Así olvidamos un beneficio tan inmenso? Pues si nos preciamos de la señal de la Cruz, ella nos ha de renovar siempre en el corazón esta tan prove-chosa memoria.

Refiere Fr. Thomás de Cantimprato (*Spec. exemp. verb. Par. Christ.*) que cierto manebro Christiano, habiendo caído en poder de los Barba-ros, quedó esclavo de uno de ellos muy poderoso, que agradados del nuevo esclavo por lo que se ajustaba en servirle, quisiera que estuviera con gusto. Mas el Esclavo Christiano, aunque en nada le faltaba al obsequio, pero andaba con el rostro siempre mesurado, y severo; y aun advertía, que quando los otros esclavos muy alegres se diver-tían, yá en conversaciones risueñas, yá en sus mu-sicas, yá en sus juegos, éste siempre suspenso, siem-pre pensativo, ¿qué tienes? le preguntaba: ¿de qué andas triste? No estoy triste, respondia él, sino que dentro de mi corazón tengo la Cruz, en que murió mi Dios. Tantas veces le preguntó el amo, y tan-tas veces le respondió lo mismo el dichoso esclavo,

que lleno de colera el Barbaro: Pues la he de ver (le dice) esa Cruz, que tienes dentro del cora-zon, y con crueldad inhumana mandó matar: manda que le saquen el corazón. ¡Oh, prodigio! Traído el corazón à su presencia, vió en él escul-pida con toda claridad, y perfeccion la Imagen de Christo crucificado, que si en la vida con su medi-tacion lo hizo tan ajustado en sus costumbres, en la muerte, despues de coronarlo con el martyrio, así lo honró con dexar en su corazón gravada su ima-gen. ¡Oh, Redentor pindosísimo de nuestras almas! y si así tuvieramos en nuestra memoria siempre presente tu imagen, ¿cómo serian ajustadas à la señal de tu Cruz nuestras vidas, y nuestras costum-bres! ¡Oh! y tu Sangre ablande alguna vez nuestra dureza, para que al exemplar santísimo de tu muerte siempre ajustada nuestra vida, logre los tesoros inmensos, que allí nos ganaste de gracia.

## PLÁTICA IX.

De los Misterios que contiene el modo, y pala-bras de las Cruzes con que nos persignamos.

A 8. DE JUNIO DE 1690.

NO se contentó nuestro amorosísimo Reden-tor con darnos con su muerte la vida, sino que quiso tambien dexarnos con el instrumento de su muerte nuestra defensa. Comun reparo es, ¿por-qué nuestro Redentor, yá que habia de morir, qui-so que fuese su muerte en la Cruz? ¿Porqué no consintió, ni ser en Belén despedido entre los niños Inocentes, ni ser en Jerusalem degollado como el Bautista? (Lyr. de Cbr. Pas. l. 4. c. 7. f. 203. col. 2. It. l. 7. c. 1. d. 26.) ni ser precipitado de un monte, como allí lo intentaban los Judios: ni ser apedrea-do en el Templo, como allí lo amenazaban los Fa-riseos, sino que se guardó siempre para que fuese su muerte en la Cruz. Varias son las respuestas à esta duda; pero entre todas singular. ¿y quando no es singular del prodigioso Agustino? Nos que-ria el Señor dexar (dice el Doctor Grande) en el que fue instrumento de su triunfo, las armas tam-bien para que nosotros consiguiésemos muchas vic-torias. Pues notad: Si el Señor hubiera muerto à los rigores del cuchillo, ò de la espada, ò à los golpes de las piedras, dexandonos esas armas, ¿qué se seguiria? Que muchas veces quedaríamos vencidos; porque no pudiendo siempre andar, ò cargados de hierro, ò de piedras, el demonio, que ò como tray-dor nos acomete, ò como rabioso perro nos em-biste, cogiendonos muchas veces desprevenidos, y sin armas, nos venciera: *Noluit lapidari, aut gladio percuti, quia nos semper lapides, aut ferrum ferre non possumus, quibus defendamur.* (Aug. Ser. 118. de Tem. t. 10.) ¿Pues qué hizo el Señor? Viendo que nues-tro enemigo es tan traydor, tan vigilante, tan astu-

to, que en todos tiempos nos acomete, y quando nos vé mas descuidados, entonces nos embiste; escogiónos unas armas tan felices, que de dia, de noche, velando, durmiendo, ocupados, ociosos, en la soledad, en el poblado, siempre las traygamos con nosotros mismos, sin poder apartarlas. Unas armas, que las tengamos siempre tan à la mano, como la misma mano. Esas armas son la Cruz, que solo con juntar dos dedos, he aquí la mas poderosa espada contra todos los enemigos. Pues por eso escogió el Señor la Cruz por instrumentos de su triunfo, por dexarnos en esa Cruz las armas tan à la mano, como en los mismos dedos; para que nunca por falta de armas dexásemos de vencer à nuestros enemigos: *Elegit vero Crucem, quam levi motu manus exprimitur, qua & contra inimici versutias munimur.* Por aqui entiendo yo, que podemos repetir en bien claro sentido todos los Christianos aquellas palabras de David, que siempre dánque hacer à los Escriturarios. Bendito sea mi Dios, dice, que así enseñó à mis manos para la peléa, y à mis dedos para la guerra: *Benedictus Dominus Deus meus, qui docet manus meas ad praelium, & digitos meos ad bellum.* (Pr. 143.) ¿Las manos para la peléa, y para la guerra los dedos? Pues no es todo uno? No; porque solos los dedos pueden conseguir victoria, aparte de la que consigue la mano. Porque quando hacemos la señal de la Cruz, siendo las manos las que pelean, son los dedos los que hacen la guerra; porque son los dedos los que formando la Cruz, le sirven à la mano de las mas poderosas armas. Yá vencemos, formando la Cruz con toda la mano: *Qui docet manus meas ad praelium, y yá triunfamos, formando la Cruz con los dedos: Et digitos meos ad bellum.* A tanto hemos llegado por la señal de la Cruz, que con dos dedos echamos à rodar legiones de demonios. Tan poderosa es esta señal. Yá, pues, ¿cómo usais vos de ella? nos pregunta el Catecismo: *Signandome, y santiguandome.* ¿Son dos palabras estas? Sí. Hacemos la Cruz sin hablar palabra, esto es *signarnos*: hacemos la Cruz, juntando à la Cruz las palabras: *Por la señal &c.* eso se llamará *santiguarnos*.

Veamos cómo. Ea, tended la mano: ¿qué mano, Padre? La mano derecha: ¿quién no sabe eso? ¿Y porqué para persignarnos ha de ser la mano derecha la con que formamos la Cruz? No piensen que son estas menudencias, que en cosas muy menudas tiene escondidos Soberanos Misterios nuestra Religión; y para que lo vean, mil y quinientos años ha que escribió S. Justino Martyr. (Belar. de Scrip.) Es de todos los Santos Padres el mas antiguo, y el mas inmediato à los tiempos de los Apostoles; pues oygan sus palabras: *Quoniam nostrorum honorabilissima queque ad Dei honorem seponimus, ita dextera manu in nomine Christi consignamur, quia honorabilior existimatur, quam sinistra.* (S. Justin. q. 118. ad Orb.) Nos persignamos con la mano derecha, dice este Padre, porque para las cosas de Dios, para su servicio, para su

culto, hemos de escoger siempre lo mejor de nosotros, lo mas estimable; y la mano derecha siempre se ha tenido por mas honrada que la izquierda; y pues por eso nos persignamos con la derecha. Fuera de que eso pide, aun entre los hombres, la buena crianza, (dice en todo pulido Agustino.) ¿Permitese al hijuelo, que en la mesa meta la mano izquierda en el plato? No, que seriais ruin padre, si tal permitierais; aunque veo en esto muy descuidados à muchos padres. ¿Qué mala crianza de muchachos! ¿qué tosquillos! ¿qué groseros! Ea, no descuiden todo en los Padres de la Compañía, que aunque los Maestros les enseñen cortesía à los muchachos, pero como no siempre pueden andar con ellos, no pueden enseñarlos à comer los Padres de la Compañía; y vaya esto de paso: *Nonne corripis, dice Agustino, eum qui de sinistra voluerit manducare.* (Aug. in Ps. 130.) Pues si teneis por descortésia, que uno coma en vuestra mesa con la mano izquierda, ¿cómo no sería mayor descortésia no hacer las cosas de Dios con la mano derecha? *Si mense tue injuriam putas fieri manducante de sinistra, quomodo non fiet injuria Deo, si quod dextrum est, sinistram feceris?* Pues por eso ha de ser con la mano derecha el persignarnos. Miren si tiene doctrina la que parece menudencia.

Ea, pues, yá está apercebida la mano derecha; y ahora ¿cómo se forma la Cruz? Formamos la Cruz estendiendo el dedo pulgar, é inclinandole junto con el dedo indice. De esta manera, dexando estendidos los otros tres dedos, que son el de en medio, el dedo anular, el dedo auricular, que llamamos meñique. Y todo esto, ¿qué significa? Yá lo digo. El dedo pulgar, que es el principal de la mano, y tanto, que le llaman los Griegos *Antigyr*, que quiere decir: *Altera manus*; otra mano; porque así como la una mano ayuda à la otra para hacer fuerza, así el dedo pulgar él solo vale tanto, como los demás dedos; porque él es el que ayuda à los otros para que puedan coger alguna cosa, para que puedan hacer fuerza. Yá, pues, el dedo pulgar significa la Divinidad de Christo, que fue la que dió fuerza, y valor infinito à todas sus obras: que obras de sus dedos las llamó David: *Opera digitorum tuorum.* Y à esta Divinidad unida la Santísima Humanidad (que esta humanidad se representa en el dedo indice, que quiere decir, el que apunta, el que señala) que à eso vino nuestro Dios al mundo, à apuntarnos, à enseñarnos por dónde vá el camino del Cielo: *Ego sum via.* E inclínale el dedo indice à formar la Cruz, porque la Humanidad de Christo es inferior à su Divinidad. Y esa inclinacion nos dice como Dios se abatió del Cielo à la Tierra; para morir por nosotros muerte de Cruz, y para ser el dedo indice que nos apunta, nos señala por dónde vá el camino de la vida eterna; y nos muestra, y dá à conocer à su Eterno Padre. Introduxose, pues, en la Santa Iglesia este uso de formar la Cruz con los dos dedos, para confesar en Christo las dos Naturalidades, Divina, y Humana, contra

los

los Hereses Monofisitas, que por blasfemar, que Christo no tenia sino una naturaleza, formaban la Cruz con solo un dedo, como refiere Niceforo. (L. 18. cap. 53.) A estos, pues, desmentimos; formando la Cruz con ambos dedos.

Y yá que tenemos formada la Cruz con los dedos, vamos santiguando: *Por la señal de la Santa Cruz, de nuestros enemigos; no digais, y de nuestros enemigos, como lo he oído yo no pocas veces, que eso fuera decir, que nos libre Dios por la señal de nuestros enemigos, peligroso barbarismo: y si entendieran lo que dicen, es blasfemia.* Digamos, pues, así: *Por la señal, &c.* Y antes de explicar lo que hacemos con la mano, entendamos lo que decimos con la boca. Esta es una oracion piadosissima, y efficacissima para alcanzar de Dios nuestra defensa, y nuestro amparo; porque además de que en ella protestamos, y confesamos los mas principales Misterios de nuestra Fé, interponemos tambien à nuestros ruegos las tres Personas de la Santísima Trinidad, y le reconvenimos à nuestra Vida Christo con mostrarle la señal de la Cruz. Explíome con un exemplario. Está un hombre fuera de su casa en algun negocio de importancia, de que no se puede apartar, y allí llega un recado pidiendole prestada una alhaja preciosa de su casa: ni puede ir à darla, ni tiene à mano criado à quien embiar. Vaya usted, y dígame à mi muger, que se la dé, Señor, si à mí no me conoce, ni me ha de creer, ni me la ha de dar. Pues tome esta caxuela, de este Rosario; y dígame, que dígame yo, que por señal de este Rosario, le dé à usted lo que pide. Vá, entrega la señal, y por aquella señal conocida, le dán al punto lo que pide. Así sucede; pero no hay que hacerlo muchas veces, que tienen muchas mañas los ladrones de México. Así, pues, le decimos à nuestra Vida Christo: *Por la señal de la Santa Cruz, Señor, yá por esta señal me conozco que soy de los tuyos, que soy de tu casa: yá por esta señal te acuerdas de lo que por mí hice, y me dexaste esta señal para que yo de ti me acuerde, y tambien para acordarte tú de mí: ésta es la señal que me dexaste, de que soy tu redimido, y de que en la Cruz te encargastes de todas mis necesidades; pues por esta señal te pido, pues por esta señal te ruego: Por la señal de la Santa Cruz, Miren, qué neará el Señor à quien esto le dixere con devocion! Pues todo eso lo decimos con solas aquellas palabras: *Por la señal de la Santa Cruz, &c.**

Y al decir las nos vamos formando tres Cruces. La primera en la frente, que es donde reside el entendimiento, y el principio de las potencias del alma; y en esto reconocemos al Eterno Padre principio, y origen de las otras dos Divinas Personas, del Hijo, y del Espíritu Santo. La segunda Cruz hacemos en la boca; lugar de las palabras, que declaran nuestros pensamientos interiores; y aqui reconocemos la segunda Persona, que es el Hijo, el qual es palabra; eso quiere decir Verbo, Espalabra, y concepto substancial del Eterno Pa-

dre. La tercera Cruz que hacemos en el pecho, y sobre el corazón, con ella confesamos la tercera Persona del Espíritu Santo, que es esencialmente amor del Padre, y del Hijo, y por eso la reconocemos en el corazón, que es fuente del amor. Hechas con esta distincion estas tres Cruces, hacemos luego una sola con toda la mano, que las abraza todas, desde la frente à lo inferior del pecho, y desde el hombro izquierdo al derecho; y damos à entender, que así como habiendo hecho tres Cruces, luego una sola Cruz las abraza todas; de modo, que esta sola Cruz vale, y puede tanto como todas aquellas tres, y cada una de aquellas tanto como las otras: así, siendo las Personas de la Santísima Trinidad tres distintas, todas tres son un solo Dios en la Esencia: y que teniendo cada una de ellas la misma Esencia, es tan verdadero, infinito, y omnipotente Dios cada una, como las otras dos Personas; y por eso decimos en el nombre (y no en los nombres) en el nombre del Padre, en la frente en lo alto; para significar, no solo como el Padre es el principio del Hijo, y del Espíritu Santo, sino tambien, que estando siempre en lo alto de su trono, no ha sido nunca empujado à la tierra. Añadimos, bajando la mano á la frente; y del Hijo, para significar, no solo como el Hijo nace desde la eternidad del Padre, sino tambien, como baxó del Cielo à hacerse hombre por nosotros en el purísimo Vientre de la Santísima Virgen Maria. Concluimos en el medio, y del Espíritu Santo, para significar como esta Divina Persona, no solo es la lazada, y el nudo de amor, que une al Padre, y al Hijo, sino tambien como el Espíritu Santo fue el medio, que obró la Encarnacion del Verbo en las Entrañas purissimas de Maria. Y hé aqui como en el persignarnos confesamos los mas principales Misterios de nuestra Fé, que debemos expresamente creer para salvarnos. El Misterio de la Trinidad Santísima, yá lo he dicho en tres Cruces, y una Cruz, tres Personas, y una Esencia. El Misterio de la Encarnacion del Verbo en los dos dedos que juntamos, unidas las dos Naturalidades Divina, y Humana; y en baxar la mano de la frente hasta el vientre, lugar de la generacion, la Pasion, y Muerte de N. Redentor: todo eso nos está representando la Cruz. Y la ultima que hacemos con toda la mano, para representar con los cinco dedos sus cinco llagas, y por virtud de esta Santísima Pasion, el perdon de nuestros pecados. Eso significamos pasando la mano desde el lado izquierdo, que es el de los condenados, al lado derecho, que es el de los salvos. Y acabamos en este lado derecho, significando, que nuestras peles, nuestras batallas, si duramos firmes, pararán en la vida eterna, en la eterna dicha, y en la eterna felicidad.

Mas por ultimo me preguntan: ¿qué enemigos son estos, de que pedimos, que el Señor nos libre de nuestros enemigos libranos Señor. Todos aquellos, que nos intentan hacer mal: esos son nuestros

D 2

ene-

enemigos. Los brutos con su fiereza, los hombres con su malicia, las mugeres con sus alhagos: todos esos son nuestros enemigos, y de todos nos librará la señal de la Cruz. En tiempo de San Juan Chrysostomo un ferisimo Leon destruía, y asolaba los campos, matando à muchos hombres. (Syrus in vita Cryst.) Hizo el Santo poner allí una Cruz, y al día siguiente hallaron al Leon al pie de la Cruz muerto. Y de estos hay innumerales exemplos. De los hombres: S. Francisco Xavier sin mas armas que una Cruz en la mano hizo parar todo un Exercito de bárbaros; y quando furiosos iban à executar su rabia los hizo à todos volver llenos de miedo las espaldas. (Xav. in ejus vita.) S. Constantino Martyr queriendole derribar una torpe muger con sus alhagos, haciendo en ella la señal de la Cruz, al punto cayó à sus pies muerta; y compadecido luego, volviendo à hacer en ella la señal de la Cruz, la volvió otra vez à la vida. (In fastis Marian. die 26. D.)

Pero los principales enemigos, de quien la Cruz nos libra, son aquellos, que por solapados nos dañan peor, porque no los vemos: esos son los demonios, y sus Ministros, los hechiceros, las brujas: y por eso encarga mucho Fray Bartolomé de la Espina à las madres, que todas las noches hagah la señal de la Cruz sobre sus criaturas, porque una bruja confesó, que haviendo ido mas de cinquenta noches à matarle el hijuelo à una vecina suya, jamás pudo, porque siempre hallaba la criatura con la señal de la Cruz defendida. (Bart. Spi. in quest. de Strig.) Pues lindo aviso, señoras, persignar todas las noches las criaturas; pero sea esto con las palabras que usa la Santa Iglesia, y que nos enseñaron los Apostoles. (S. Chrysost. hom. 12. in 1. ad C. in fin. li. hom. 8. in epist. ad Corp.) No con esos santiguos compuestos de esas viejas santiguadoras, que estoy nada bien con ellos, ni con ellas. Si tiene la Iglesia sus oraciones santisimas, ¿para qué es andar inventando oraciones, que muchas veces envuelven mil supersticiones, y disparates? En fin, el peor, el mas fiero enemigo nuestro es el demonio, y este perro tiembla, se estremece, y huye de solo vérala señal de la Cruz. No huviera dia para referir de estos sucesos prodigiosos; pero entre innumerables escojo éste por mas espacioso.

Cuenta nuestro erudito Teofilo Raynaudo, (Rayn. t. 16. Heth. f. num. 196.) que en el Occidente, siendo Abad S. Leufrido de un Monasterio muy numeroso de Monges, solian estos juntarse en la Iglesia à sus Santos Exercicios, y puesta una silla en el Presbyterio, sentado en ella el Santo Abad, iban uno à uno pasando todos los Monges, haciéndole profunda reverencia, en señal de submission, y obediencia. Sucedió, pues, que una vez, hallandose enfermo el Santo Abad Leufrido, no pudo baxar à asistir con la Comunidad à la Iglesia. Y el demonio, logrando esta ocasion de engañar à los Religiosos, y de que todos le hicieran reverencia, toma

la figura, y el habito del Abad, baxa con los demás, y sentase muy replanado de autoridad en la Silla. Fueron los Monges, segun su costumbre, haciéndole cada uno su inclinacion. Faltaban pocos, quando baxó uno de ellos, que venia de la celda del Santo Abad Leufrido, y con él embiaba à escusarse de asistirles. Vé otro Leufrido sentado en la silla: ¿Qué es esto! Buelve à toda prisa à la celda de su Abad. Padre, le dice, ¿qué es esto? ¿estás à un tiempo en dos lugares? ¿Te acabo de dexar aquí, y te hallo allí en la Iglesia sentado? ¿Vuelvo de la Iglesia, y te veo aquí? ¿Si allá no haces falta, para qué me embias? Entendió al punto el Santo Abad lo que esto era, levántase aprisa, acude à la Iglesia, y antes de entrar fue en todas las puertas, y ventanas de ella, haciendo con la mano la señal de la Cruz. Y quando yá todas las tuvo así con la señal de la Cruz aseguradas, entra en la Iglesia, y al punto empieza à temblar el maldito mentido Abad: hace traer Leufrido un azote, y empieza à descargar azotes sobre el mentido Abad. Los Monges à reír, y el diablo à correr, y Leufrido à azotar: iba à una puerta, y aunque estaba patente, y abierta, bolvía corriendo; y ibase à la otra, y otras de él Leufrido con el azote, y los Monges dandole vaya. Así anduvo rodeando la Iglesia sin atreverse à salir por ninguna puerta; y hasta que despues yá de muy bien azotado, subiendose por el cordel de la campana, se salió por el taladro de la bobeda, donde Leufrido no se había acordado de hacer la señal de la Cruz; y tan lleno de miedo iba, que se subió consigo el cordel, porque temió que lo siguiera Leufrido: pero en fin llevó el perro muy buen cordelejo. Entonces el Santo Abad les dió à entender à sus Monges, como havia permitido el Señor aquello à los ojos del cuerpo, para que viesen la virtud de la señal de la Cruz, pues teniendo patentadas las puertas, solo porque havia hecho en ellas la señal de la Cruz, las tuvo el demonio cerradas. ¡Oh! y nosotros le cerrémos siempre à este infernal enemigo con esta señal Santa todas las puertas de nuestras almas, para que jamás pueda lograr nuestro daño: para que vivamos siempre seguros de él, no solo en lo corporal de la vida, sino en lo espiritual de la gracia.

#### PLATICA X.

De los espirituales provechos que hayen persignarnos con la atencion debida.

A 15. DE JUNIO DE 1690.

Menos peligrosa sería nuestra batalla, si aun que tan terribles, solo de fuera tuvieramos enemigos; pero hacese mas temerosa, porque tenemos tambien enemigos de dentro, y tan peores, que sin estos nada consiguieran aquellos en

en nuestra ruina. ¿Quién pensara, que dentro de nosotros mismos tenemos peores enemigos que los mismos demonios? Pues es así: y por eso, si al demonio para vencerlo, y echarlo à huir, basta ponerle una Cruz, à nosotros mismos, como peores enemigos, nos ponemos tres Cruces, y aun no sé si bastan. Dixe ya lo que significan las tres Cruces, que hacemos al persignarnos, por lo que mira à los Misterios de nuestra Fé, que debemos creer: diré ahora lo que significan esas tres Cruces en lo que debemos obrar. Vimos yá esas tres Crucidades Dios; ahora para acabar, y coronar las explicaciones de la señal de la Santa Cruz, hemos de vér esas tres Cruces ácia nosotros. Y dixé bien para coronar: porque en esas tres Cruces, si las logramos, tenemos en el Cielo prevenidas otras tantas coronas. Reparó un ingenio agudo, en que el Crucero del Sumo Pontífice tiene tres Cruces, y lo han visto pintado; y volviendo luego los ojos, advirtió, que en la Tyara tiene tambien el Sumo Pontífice tres coronas: ¿tres à tres las Cruces, y las coronas? ¿Porqué? ¿porqué ha de ser, sino porque à cada Cruz le corresponde luego su corona. Esto dice aquel agudo Epigramma.

Cur tibi Crux triplex, Gregori, triplexque corona est?

Nempè suam sequitur queque corona Crucem.

Yá pues, podrá decir alguno: Padre, si es tanta la eficacia de la señal de la Cruz, ¿con hacernos una Cruz sola no bastaba? ¿Pues porqué nos persignamos haciendo tres Cruces? Yo lo diré: porque à repetidos enemigos, bien hemos menester multiplicar las armas. Y si no, oygan yá el Catecismo: La primera en la frente, porque nos libre Dios de los malos pensamientos. ¡Oh, qué batalla! ¡Oh, qué enemigos tan terribles, que como venenosas vivoras nos matan, y despedazan la misma madre que los concibe. Nacen los pensamientos dentro del alma, y si ésta con su voluntad los abraza, por eso mismo, como el abrazo del Tygre la despedazan, y la matan: como el abrazo del segador la cortan, la derriban, y la destruyen. En un instante se forman, en un instante se consienten; y si la penitencia no nos limpia, por una eternidad han de durar en el tormento. ¿Cuántas almas estarán en el Infierno por un solo pensamiento consentido? ¿Qué eficaces! ¿Con qué colores pintan! ¿con qué dulzuras engañan! ¿con qué sofisterias facilitan! ¿con qué rhetorica persuaden à la pobre voluntad, que tantas veces se dexa llevar ciega, para quedar perdida! ¿Qué importunos, que ni dexan lugar, ni tiempo en que no nos embistan! A los desiertos trasladan con la memoria los tropiezos del poblado; en los claustros meten con los recuerdos los lazos engañosos del mundo; en el retiro de la oracion se representan de la misma manera que en el bullicio de la plaza; dentro de casa nos embisten, y fuera de ella nos acometen. Y lo que es peor, ¡oh, Santo Dios! que como en toda la vida nos afligen, en la hora de la

muerte mas terriblemente nos combaten. ¡Oh, pensamientos enemigos peores que demonios! ¿Es así alma! ¿Pluguiera Dios no fuese así. Pues miren yá si contra esos enemigos hemos menester una Cruz aparte, que nos defienda: La primera en la frente, porque nos libre Dios de los malos pensamientos.

¿Te acometen pensamientos de vanidad, de soberbia, de querer ser mas que otros, y para eso andas pensando, ó las ganancias ilícitas para la hacienda, ó las execuciones torpes para la gala? la Cruz en la frente, la Cruz: y oye à S. Agustin: Si portas in fronte signum humilitatis Christi, porta in corde imitationem humilitatis Christi. (Aug. Sermon. 20. de Divers.) Si con esa señal pones en la frente la muestra de la mas profunda humildad de Christo, traslada tambien con ella esa humildad à tus pensamientos. ¿Porqué pensais, dice Agustin, que no nos dexó el Señor à sus Christianos por señal aquella Estrella, con que allá conduxo à los Magos? No nos dexó la Estrella, sino la Cruz; porque no quiso que sea nuestra señal, brillos, lucimientos, y resplandores, sino humildad, y abatimiento. Noluit Stella esse in fronte fidelium signum suum, sed Crucem suam, unde humiliatus, inde glorificatus est, inde erexit humiles, quo humiliatus ipse descendit.

(Tr. 3. in Joan. ap. Grel. lib. de Cruc.) ¿Se te ofrecen pensamientos de retirarte de la virtud, de no acudir à los Templos, de no frequentar los Sacramentos, porque no digan que eres mocho? la Cruz en la frente, la Cruz. ¿Y porqué quiso el Señor, que tú hicieses esa Cruz en la frente, que es lugar de la vergüenza? te pregunta Agustin; porque con esa Cruz desprecies esos malos pensamientos, que tan perniciosos vergüenza te ponen de parecer Christiano: Signum suum Christus in fronte nobis figi voluit tamquam in sede pudoris, ut Christi approbatio Christianus erubescat. (Aug. in Psalm. 30. cap. 3.) ¿Te embisten pensamientos de desconfianza, de temor, con que te parece, que ha de poder mas contigo el demonio que la gracia de Dios? haz en la frente la señal de la Cruz te dice S. Geronymo, y con esa señal desprecia esos temores vanos, que si tú no quieres, no se atreverá el demonio. Signaculo Crucis munias frontem, ne exterminator Egypti in te locum reperiat. (Hier. ap. Lobetium.) ¿Y en fin, te acomete la ira con sentimientos de venganza, la carne con feos representaciones de torpeza, y las pasiones todas con alhagos pensamientos de sus apetitos? pues contra todos haz la señal de la Cruz en la frente, te dice S. Chrysostomo: tén Fé de lo que esa señal puede, y dexarás burlado todo el tropel de malos pensamientos: Cum signaris, tibi in mentem veniat omnia vis quam Crux continet; ac tum iram, omnesque rationis adversos animi impetus extirperis. (Chrysost. hom. de Vener. Cruc. li. hom. 55. in Mat.)

Estaba en el desierto el Santo Abad Nicolao de Rupe, (Bollan. in ejus vita 22. Mart.) y vió à buena distancia, que venia ácia él un Mancebo carga-

do con tres bolas de manteca, que sus Padres enviaban de limosna al Santo Abad para su Monasterio. Apenas lo descubrió de lexos el Abad, quando a toda prisa empezó à hacer Cruces àcia él. Reparolo el Mancebo, llegó, y dixole: Padre, porque me haces cruces? Soy yo el demonio! No lo eres, le respondió; pero sabete, que como moscas venian sobre ti los demonios insigandote à lo que tú venias pensando, ¿Pues qué pensaba yo? Pensabas hurtar esa manteca, è ir luego à tal parte à venderla, y con la señal de la Cruz, que yo te hice, dexaste ese pensamiento. Es verdad, dixo el Mancebo: eso, eso era lo que yo venia pensando, y echándose enton: es à sus pies, le pidió perdon arrodillado. Oh, Padre, quasi por Cruces fuera, anduviera yo todo el dia hecho un Calvario; pero aunque es è haciendo Cruces todo el dia, ahí se están los malos pensamientos. ¿Cómo se están? Los conscientes con la voluntad? Los abrazas? No, antes me afligen, y me atormentan, Pues dichosa tu alma, dichosa tú, que con la Cruz triunfas; que el librar la Cruz de los malos pensamientos, se entiende, que nos libra de concimirlos, no de batallar contra ellos, que en esa batalla está nuestra corona. Pero el que busca las ocasiones, el que por su gusto se pone en la conversacion, en las vistas, y aun entre las mismas llamas, ¿de qué se queixa, si la señal de la Cruz no le basta? Porque tiene en su alma impresa la imagen del demonio. No es falta de eniacia en la Cruz, si haciendola solo por ceremonia, se abraza con toda la voluntad del veneno.

*La segunda Cruz hacemos en la boca,* dice el Catecismo, *porque nos libre Dios de las malas palabras.* Este es otro ex:rito de ferisimos enemigos, que aguzando àcia fuera todas sus puntas, dexan en el alma, ¡oh, qué cruels heridas! Una sola palabra, que vuelva, y que pasa, alborota una casa, quita una honra, pelagra una vida: y lo que es peor, condena muchas almas. Una de las que llaman chanzas, y son torpezas, ¿qué daños, qué ruinas, y qué perdiciones no causa? Pues, ¿y q: è el tropel de juramentos? ¿la lluvia de maldiciones? ¿y la tempestad de murmuraciones? Miren si es menester bien otra Cruz para la boca, *porque nos libre Dios de las malas palabras,* que peores daños suelen causar que los demonios. Allá nos manda el Espiritu Santo, que hagamos un peso, en cuyas balanzas pesemos las palabras: *Verbis tuis factio stateram:* (Ecl. 28.) ¿Y qué peso puede haver para pesar las palabras? La Cruz, la cruz, que peso la llamó la Iglesia: *Statera factio corporis.* Pues por eso la ponemos en la boca, para que sea el peso de nuestras palabras. La Cruz tiene los dos brazos derechos, que quiere decir, que tanto hemos de querer para el proximo, como para nosotros mismos. Así, pues, ¡por qué ha de pesar mas contigo el gusto de decir el dicho picante, ò la palabra torpe, que la ofensa, que con él haces à tu proximo, ò el escandalo? ¿Porqué ha de pesar mas contigo la ira con que

echas maldiciones, ò el encono con que murmuras, que el daño que haces à tu proximo en la vida, ò en la honra? Sean iguales los brazos de esa Cruz al pesar de las palabras. A tu proximo, como à ti mismo. Asista un Sacerdote Católico à un convite de Hereges Calvinistas; y de estos, uno maspreciado de decirlo, empezó entre los manjures à decir por chanzas blasfemias contra los Sagrados Ritos de nuestra Católica Religion. Celebrabanlo con grande risa, y aplauso los otros, y à todo estuiose callando el Católico. Levantaron la mesa, y todavia proseguia aquel en sus blasfemias haciendo risa de que nos hagamos la señal de la Cruz. Entonces, levantandose el Católico. Hasta aqui he callado, dixo, porque yo fui convidado à comer, no à disputar; mas yá que tanto bia-femas (dixo levantando la mano, y haciendo sobre el H:rege la señal de la Cruz en el nombre de Jesu Christo te mando que calles, no abras mas la boca. Al punto, como si la Cruz fuese un sello de diamante, le dexó del todo mudo, que en su vida no habló mas palabra. (Rain, p. 2. *Heth. fol. 200. & 201. t. 16.*) ¡Oh, cómo debe temer, que así castigue la Cruz, quien haciendo la Cruz en la boca, todo el dia gasta luego en maldiciones, juramentos, murmuraciones, y deshonras!

*La tercera Cruz hacemos en el pecho,* dice el Catecismo, *porque nos libre Dios de las malas obras.* Es nuestro corazon como la fuente de nuestra vida, el origen tambien, y el manantial de nuestra muerte. De él brotan los raudales de veneno, que nos atosigan, las lascivias, las venganzas, los hurtos, los homicidios. Dentro del corazon se fraguan, para la destruccion de el mismo, que los fabrica. ¡Quién tal pensara, que nuestro mismo corazon, ese, ese es nuestro mayor enemigo, y mas perverso que el demonio! Pues por eso le hacemos la Cruz, ¿y qué intentamos con eso? Miren: Es el corazon la casa de la moneda de toda la Republica de un hombre. De alli corre como àcia lo vital en la sangre el sustento à todo el cuerpo; así àcia lo christiano todo el valor, y el precio en las obras. ¿Ahora pues, poniendo en el corazon la Cruz, qué hacemos? Poner el cuño, con que ha de salir acuñada toda la moneda de las obras, con que hemos de comprar el Cielo: *Pone me ut signaculum super cor tuum.* Le dice el Esposo à su querida: Ponme sobre tu corazon como un sello, como un cuño, en donde se han de ir acuñando todas tus obras con la señal de la Cruz; dixo Teodoro: *Ut notam ipsius Crucis in omnibus factis imprimamus.* Eso es el hombre, dixo San Agustin, una moneda de Dios, que si tiene precio; si tiene valor, todo lo tiene por la Cruz, *Nunus Dei est homo, imaginem habens Dei, & quidem Crucifixi.* (Aug. traç. 40. in Joann.) Ahora, pues, diganme: ¿Si de esa casa saliera la moneda, por una parte con la Cruz, y por la otra, no el Castillo de nuestro Rey, sino las Armas del Gran Turco, una media luna, admitieran esa moneda?

¡Oh,

¡Oh, que fuera un delito gravisimo! Pues así son las obras buenas; pero hechas en pecado mortal, ¿qué importa, que por una parte muestren la Cruz, si por la otra llevan gravadas las armas del demonio? No sirve, no tienen valor; *Ejice,* dixo San Ambrosio, *ejice de numismate anime tue imaginem diaboli, & atolle imaginem Christi.* (Ambr. l. 1. *Offic. cap. 49.*) Mas si la moneda llevará mucha mas liga de la que permite la ley, aunque tuviera la Cruz, correria? No por cierto; pues así son las obras, que parecen buenas, y llevan la liga de intentos muy torcidos: Las que parecen limosnas, y son atractivos de deshonestidad; la que parece zelo, y es venganza; la que parece devocion, y es galanteo; la que parece humildad, y es ambicion. ¡Oh, qué moneda! ¡Oh, qué obras todas perdidas! y que en lugar de tener precio, merecen gravisimo castigo. Mas si la moneda, aunque tenga la Cruz, y el Castillo, fuera de plomo, ò de estaño valdria? Nada, ¿Pues qué importa, que al entrar en la Iglesia, al empezar la Misa: al empezar la Confesion hagamos sobre nosotros la señal de la Cruz, si luego, la que havia de ser plata de devocion verdadera, es plomo de una atencion muy divertida? ¿si luego el que havia de ser oro de una finisima contriccion, no es sino estaño de un falso proposito? ¡Ah, Confesiones! ¡Ah, Misas! ¡Ah, obras santas! Todas sin valor, todas monedas perdidas, porque sois de plomo, habiendo de ser de plata: porque habiendo de ser de oro, sois de estaño. Pues entendamos, que à eso nos obliga la señal de la Cruz en el pecho, à que nuestras obras, para tener valor, y precio, tengan las calidades de la moneda, que sean segun la ley en la liga, en la materia, y en el sello. Mas me detuviera aqui, y era menester; pero yá es tarde; hagamos, pues, la señal de la Cruz en el pecho, de modo que nos acordemos, que nos empeña esa Cruz à las buenas obras. A S. Juan Romanense le llegó à pedir limosna uno de los muchos que suele haver, que parecia pobre, y no era sino holgazan, y ocioso. Conocióle el Santo, y dióle una gran limosna, que fue hacer sobre él la señal de la Cruz. ¡Gran limosna por cierto! Si; porque al punto se sintió aquel tan alentado, tan libre de la floxedad, y tan deseoso del trabajo, que aplicandose à él, no hubo menester mas en su vida pedir limosna. (Rain. 2. *Heth. t. 16. f. 199.*) ¡Valgame Dios! Y si huviera en Mexico quien tuviera esta gracia de hacer la Cruz à tantos ociosos, qué de ellos se remediarían! Pero como todos les hagan la Cruz, echandolos de sus casas, ellos se aplicarian al trabajo.

Y si tantas virtudes, tantos provechos, y tanta utilidad tiene la Cruz, yá no es menester preguntar, ¿quando es bien usar de la señal de la Cruz? En todas nuestras acciones, en todos nuestros pasos, nos dice San Geronymo, (*Epist. t. c. 8.*) por que en todos tenemos peligros. Los antiguos Christianos todas las horas al sonar el Relox, se hacian la señal de la Cruz; y bien es menester al levan-

tarse, para que nos defienda de los peligros del dia; al salir de casa, para los muchos riesgos de las calles; al entrar en casa, para las impertinencias de la familia; al comer, para que no sea danfoso el sustento; al ir à dormir, para que nos libre de los sueños, y fantasias torpes. En todas nuestras necesidades, ahora en la enfermedad, ahora en la salud, que en cada una de estas cosas, pudiera referir innumerables milagros de la señal de la Cruz. Pero por sernos mas temeroso el peligro de las tempestades, y rayos, para que nos aletemos con la señal de la Cruz, refiero solo este prodigioso suceso.

Cuenta el P. Adriano Lyrio, de nuestra Compañia, (*Lyri: Jesu Pat. l. 4. c. 1. f. 170.*) hubo en Inglaterra un Mancebo, que juntado à la primera nobleza de su sangre el lustroso agregado de relevantes prendas, quanto se ganaba en todos de estimacion, y de aplausos, aumentaba la lastima en los Católicos, viendole tan rematadamente ciego entre los perversos errores de la heregia, que nada habia podido à desengañarlo, ni persuasiones, ni argumentos; y entre los demás errores, uno era hacer mofa, y risa del santo uso de hacernos la señal de la Cruz; mas yá que nada bastaba en la tierra, tomó à su cargo el Cielo el desengañarlo. Salió una vez al campo à divertirse, y quando mas en lo escampado, empieza el ayre à entoldarse de nubes, las nubes à espesarse en tinieblas, y las tinieblas à desabrocharse en rayos, y quando éstos, alcanzandose en el estallido, caian, que se cruzaban, el Mancebo, sin formar, ni una Cruz, antes se divertia riendose de las llamas. Sordo al grito de Dios, el que à sus luces ciego, mas presunte le habió con mas claridad el aviso, porque desprendido un rayo de la esfera, en un punto lo envolvió entre sus llamas, lo ciñó de sus luces, y lo aterró con sus estruendos: de modo, que dexada la risa, lo cubrió en un punto de pálido pavvor el miedo, con que aun à si mismo se preguntaba por su vida, creyendose yá muerto. Pasó el estruendo, volvió del susto, hallóse arrojado en la tierra, y al mirar sus vestidos (¡oh, prodigio!) con un admirable artificio vió que la llama le dexó por toda la capa, y por el vestido todo, pintadas unas Cruces de fuego, que formando una labor muy agraciada, le decian, que agradeciese à aquellas Cruces no haberlo hecho cenizas las llamas. Atonito à tanta maravilla, no solo se convirtió à nuestra Santa Fé Católica, sino que retirandose à un Santo Monasterio, retrató mejor en su santa vida las Cruces, que el rayo le habia pintado en la capa. Y así, aun nuestros mismos enemigos, obligados de Dios, nos enseñan à buscar en la señal de la Cruz nuestra defensa. ¡Oh, Católicos! no se aparte la Cruz de nuestros corazon en el amor de nuestras acciones en la imitacion: tengamosla siempre, no solo en el alma para la veneracion, sino en las manos para la defensa, para el patrocinio, y para la gracia.

PLA-

## PLATICA XI.

De la primera obligacion del hombre, que es buscar su fin.

A 22. DE JUNIO DE 1690.

SIN determinar algun fin adonde se encaminen las acciones, no se pueden lograr los aciertos. En eso nos distinguimos los hombres de los brutos, en que si un bruto no atiende mas que à lo presente, sin que le mueva éste, ó aquel fin, sino solo el general instinto à su conservacion, ó el particular antojo à su apetito; el hombre no hace accion, que no la encamine por medio para conseguir algun fin. Aplica el Labrador sus fatigas, para lograr la cosecha: el Mercader sus compras, para conseguir su ganancia: el Oficial sus tareas, para asegurar el sustento: el estudianto sus desvelos, para adquirir la sabiduria: el Pretendiente sus reverencias, por llegar al puesto. Y así, cada uno à su fin, vá proporcionando los medios; pero no siendo ese fin el ultimo, si el Labrador, si el Oficial, si el Mercader no atienden mas que à la ganancia, al logro, al sustento, y de ahí no pasan à buscar por esos medios el fin ultimo, muy poco se distinguen de los brutos, les dice Seneca: *Vita propositio sine carens, insigne stultitiæ argumentum est.* Porque, ¿qué mayor necesidad, que malograr, y perder todos los medios, por no encaminarlos à algun fin? Si un Piloto se entregara à los mares, sin llevar determinada derrota, sin fixar el puerto adonde encaminaba su viage, ningun viento le seria favorable; porque si el viento sopla à encaminar à España, y él no lleva ese intento, el viento no le sirve: si sopla à encaminar à la India, y él no lleva esa derrota, no le aprovecha: si sopla à encaminar à las Indias, y él no busca esos puertos, no le es viento favorable: en fin, todos los vientos serian para ese Piloto perdidos, porque como él no determina puerto, que sea el fin de su viage, por mas que sean los vientos favorables, no le sirven. Es la comparacion, como dice Seneca: (*Epist. 71.*) *Ignoranti, quem portum petat, nullus suus ventus est. Necessè est multum in via nostra casus pati, quia vivimus casu.*

Yá, pues, Christianos, entramos al mar peligroso de esta vida, embarcados por nuestra dicha en la segura Nave de la Iglesia, bien arriada al arbol mayor de nuestra Fé con las jarcias de la Caridad, pertrechada con las tablas de los Divinos Preceptos, y prevenida con el ancla de la Esperanza, y bien pertrechada con todas las armas, que bastan para echar à huir à nuestros enemigos. Tenemos favorables vientos del Espiritu Santo, prevenidos sus auxilios, apetecidos sus Sacramentos. ¿Pero qual es el fin adonde vamos? ¿à

qué se encaminan todos estos medios? que si no nos determinamos à buscar con ellos nuestro fin, ván perdidos todos. Por eso, y pues, el Catecismo antes de entrar à explicarnos los innumerables medios, que en la Doctrina Christiana tenemos para conseguir nuestro fin, quiere que sepamos qual es ese fin, para que así logremos, encaminando à él todas nuestras acciones, que todos los Soberanos Misterios de nuestra Fé, todos los Mandamientos Divinos, à que nos obliga la Caridad, todas las oraciones, y peticiones que hace nuestra esperanza, toda la gracia de los Sacramentos, todos los socorros de la gracia, y en fin, toda la vida del Christiano, aquí se reduce toda, aquí se cifra, y à eso se encamina; à conseguir nuestro ultimo fin. Pues por eso pregunta: *¿A qué está obligada el hombre primeramente?* R. *A buscar el fin ultimo para que fue criado.* ¡Oh, qué pregunta! ¿y qué respuesta! que si cabaramos en esto con la debida consideracion, esto solo bastará para hacernos santos. Yá, Padre; pero si lo hemos de considerar, antes que pasemos de aquí, tengo una duda, y es, ¿que porqué añade, à buscar el ultimo fin? En esta palabra reparo, porque si es fin, claro está, que ha de ser ultimo: ¿no está claro? y si no, decidme: ¿qué fin lleva el Labrador en arar la tierra, en sembrar la semilla, en echar el riego, en escardar, y limpiar el trigo? Padre, todo eso es à fin de lograr la cosecha: bien, ese es su fin, no hay duda; pero esa cosecha ¿para que la quiere? Tiene deudas, há menester pagarlas: tiene familia, há menester sustentarla. Bien: ¿luego yá la cosecha, que antes era fin, yá ahora es medio para conseguir otro fin? Luego el coger la cosecha, aunque era el fin de sus trabajos, pero no era el fin ultimo; pues no parando solo en cogerla, la encamina luego à otro fin. Llamase, pues, fin ultimo, solo aquel, que no encaminase à otro fin, en él solo para el entendimiento, descansa el corazón, se sosiega la voluntad, se satisfacen todos los deseos, se quitan todas las ansias, y el alma reposa en una plenitud de bien, donde nada le falta: en una quietud tranquila, donde nada la turba: en un descanso seguro, donde nada hay que la fatigue: en un gozo perenne, donde nada puede haber que la aflija: y en un colmo de todo quanto puede caber en la voluntad, en el corazón, y en el deseo, que es infinito. Pues este es, este es el fin ultimo, que ni puede ser medio para buscar otro fin, porque todo le sobra, ni puede haber fuera de él otro fin, porque nada le falta.

Yá, pues, alma, tu primera obligacion es buscar este fin ultimo para que fuiste criada: búscarlo digo, con el entendimiento, para conocerlo, y búscarlo luego con las obras, para alcanzarlo. Dime, pues, ¿quántas veces te has puesto à pensar esto? ¿Para qué fin me sacó Dios de la nada, pudiendo haberme dexado en lo que yo era ahora cien años? Nada, ¡nada! ¿Para qué fin, no solo me dió ser, sino ser hombre, pudiendo haberme hecho

bruto.

bruto? ¿Para qué fin me dió esta alma, cuya nobleza yo en mí mismo la siento? ¿Para qué me dió este espíritu, cuyo vigor yo en mí mismo lo reconozco? ¿Para qué fin me dió este entendimiento, esta voluntad, esta memoria, potencias tan generosas, y tan nobles, que vuelan à penetrar lo mas escondido, lo mas retirado, lo mas alto: que abrazan con el amor lo mas hermoso, lo mas agraciado, lo mas apacible, lo mas bello: que me pone delante con los recuerdos, lo que atesoran los libros de noticias, lo que alcanzan los mas sábios con discursos, y con experiencias, y lo que han revuelto los siglos en la continua carrera de sus años? Pues esta alma tan noble en sus acciones, tan prodigiosa en sus potencias, y tan del todo admirable en la capacidad con que aqui metida dentro de un fragil cuerpo todo lo penetra, hasta esa maquinosa dilatacion de los Cielos; todo lo alcanza, hasta esos estendidos espacios de los mares, y lo abraza todo, quanto contiene el globo basto de la tierra: ¿Pues para qué me la dió Dios? Alma mia, ¿qual es tu fin donde has de tener cabal, y lleno de tu descanso? Hasta aquí, aun los Gentiles, aun los Barbaros se hacian esta pregunta; y faltandoles la luz de la Fé, dice San Agustin, (*lib. 19. de Civit. Dei, cap. 1.*) que llegaron à ducientos, y ochenta y ocho opiniones, sin acertar ninguna à determinar, qual es el fin para que fue criado el hombre.

Pero nosotros los Christianos, aún tenemos mas que preguntar, buscando nuestro fin. ¿Para qué fin, despues de criarme Dios con una alma tan noble, me quiso poner en su Iglesia, pudiendo haberme dexado en medio de la Gentilidad? ¿Para qué fin me enriqueció con tantos Sacramentos, con tantos auxilios, con tanta gracia? ¿Para qué fin me dexó la norma à mis acciones con tan santos preceptos, con tan saludables consejos, con tan provechosos avisos? Alma mia, ¿qual es tu fin, donde han de sosegar tus inquietudes? ¿dónde se han de saciar tus deseos? ¿dónde han de descansar tus ansias? No te hizo Dios acaso, que su infinita sabiduria no sabe obrar así. Pues sí, para algun fin te hizo Dios. No te hizo tan noble, que en tu espiritual pureza compites con los Serafines, para que fueses tú sin igual con las piedras, con los troncos, y con los brutos. No te hizo tan capaz, que alcanzas mas allá de los Cielos, que abrazas las esferas, para que fuese tu fin tan estrecho, como es el Orbe de la tierra, por mas que se dilate. ¿Pues para qué te crió Dios hombre? ¿Solo para ser? Eso tienen las piedras, y eres tú mejor. ¿Solo para crecer? Eso tienen las plantas, y eres tú mas noble. ¿Solo para vivir? Eso tienen los brutos, y eres tú superior à todos.

Y yá, si por tus cuidados, si por tus deseos, y por tus inquietudes, si por tus ansias hemos de buscar tu ultimo fin, dime, ¿te crió Dios para que en los deleytes atiendas solo à tu regalo, à tu comodidad, y à tu gusto, para que sigas los antojos de tus apetitos? No, que en el comer, beber, y dor-

mir, solo una bestia halla descanso; pero un hombre, aun con esa misma abundancia, ¿qué congoxas no padece en el espíritu? ¿qué aprietos en el corazón? ¿qué quebras en la salud? ¿qué achaques, qué enfermedades, y qué dolores? Luego ese no puede ser su fin, pues que en él no tiene descanso. ¿Te crió Dios solo para cuidar de tu hermosura? ¿solo para atender al año? ¿y solo para estar pensando de día, y de noche en la gala? No, que eso aun las florecillas del campo te hicieran mil ventajas, pues en ella, sin tanta fatiga, sin tanto cuidado campean hermosas, se ostentan lucidas, y lucen en sus propios matices galanas. Si; pero presto se marchitan; no es mas durable tu hermosura, juguete de la enfermedad, y del tiempo. Luego eso no puede ser tu fin, pues que despues de tus cuidados no puedes en él tener firmeza, que te asegure. ¿Te crió Dios para que soltando la rienda à tus pasiones, busques en el torpe amor tu gusto? ¿Pongas en los paseos tu diversion, y solicites en las conversaciones, y en las visitas tu descanso? No, que ellas mismas te avisan con las congoxas, con las inquietudes, con las sospechas, y con los zelos, llenandote de amargura, que no es alli donde han de descansar como en tu fin ultimo. Pues si ninguno, ninguno de los gustos del cuerpo, ni de los placeres del apetito te dá descanso; luego ninguno de todos esos gustos puede ser tu ultimo fin, donde has de tener cabal, y colmado el consuelo. Convidaron unos amigos suyos à un mancebo llamado Rolando, à un festejo, que tenían prevenido, diciendole, que se holgarian mucho. Asistió aquel; pero en medio de las musicas, de las danzas, y de los banquetes, no hacia sino preguntar con gracia à sus amigos. ¿Pues, quando nos holgamos? Andaba la diversion, el gaudete, la risa; y él volvía: ¿Quando nos holgamos? Este desengaño le bastó para dexar el mundo, y hacerse un exemplar de virtudes en la esclarecida Religion de Santo Domingo. ¡Oh, cómo se puede hacer siempre esta pregunta en medio de los mayores festines, y banquetes del mundo: ¿Quando nos holgamos? Porque en medio de los que parecen placeres, el corazón yá en cuidados, yá en memorias, yá en achaques, yá en sustos, por un instante de placer vuelve muy malos ratos de amargura. Luego ese no puede ser tu fin, Christiano.

Pues busquemos ese fin por otro lado. ¿Si estará en tener muchas riquezas, en acumular muchos millares, en gozar familia numerosa, casa opulenta, posesiones amplias? ¡Oh! respondalo, y hablen verdad los que la tienen. ¿Qué cuidados para mantenerlas; qué miedos, qué sustos, qué temores de que no se pierdan, qué ansias por aumentarlás? Y en todo esto, ¿qué amarguras de día? ¿qué desvelos de noche, y de día? ¿y de noche, qué inquietudes? Y despues de todo, si atormenta un dolor, si se agrava un achaque, si la muerte llega, ¿qué aprovechan esas riquezas? ¿de qué sirven? ¿qué valen? Nada, nada. ¿Pues cómo será tu fin, hombre, el que tantas congoxas te causa? ¿el que tan poca

E se

seguridad tiene? ¿el que de la mayor desdicha no te libra? y el que en el mayor aprieto no te vale? Estando ya á la muerte un rico, refiere Raulino (t. 1. de Mor. c. 5.) hizo traer delante de su cama todo el oro, plata, y joyas que tenia, que era mucho, y deciale á su alma: alma mia, mira todo lo que te he adquirido para tu regalo, no te vayas, alegrate, y diviértete. Mas no por eso cesaban un punto; antes iban creciendo sus congoxas, por mas que él le repetia aquellos consuelos. ¿Es posible, le instaba, que pudiendo gozar todo esto, así lo dexes, así te vayas, y así me aflijas? Nada bastaba, y el dolor crecia. Hasta que viendo que no tenia ningun alivio, volvió diciéndo á su alma: puesto que no te quieres quedar, ofreciéndote toda esta riqueza, acaba de salir con cien mil demonios. Así fue; porque espiró al punto. ¡Oh, Dios! ¿Y habrá quien en las riquezas ponga todo el fin de sus cuidados?

Ea, busquemos nuestro fin por otra parte. ¿Si acaso estará en las honras, en las dignidades, y en los puestos, á que tantos con todas sus ansias anhelan, y que por alcanzarlos tan viles supercherias sufren? ¡Oh, Dios! ¿Cómo puede ser fin, adonde el corazon descansa, una subida tan empinada, que apenas dexa respirar el aliento con el tropel de los negocios? ¿Una subida tan aspera, que apenas permite dar un paso, oprimiendo con el peso intolerable de los cuidados, de las impertinentes visitas, y de los ceremoniosos cumplimientos? ¿Una subida tan peligrosa, que en un puntillo se tropieza, y en un punto se pierde la honra, y todos á la mira con la fisga, con las murmuraciones, y con la risa? ¿Una subida tan estrecha, que ni ha de volver la cabeza, porque no digan; que ni ha de dar un paso mas, porque no hablen; que ni ha de hablar, porque no piensen? ¿Y entre tanto, todas las atenciones, todos los sustos, á quando me percipito, á quando caygo? Ah, vil esclavitud, que te llamas mando! Ah, intolerable remo, que te llamas puesto! Ah honras, que todas sois viento! y ah, dignidades, que todas siendo montes para oprimir, sois humo para volar! No entendí yo nunca, decia el Santísimo P. Urbano VII. al ponerse el Roquete Pontificio de un muy delicado cambray, no entendí yo nunca que un lenzo tan delgado podia tener en sí un tan intolerable peso. ¿Pues cómo con tanta carga de pesadumbres podrán las honras, y las dignidades ser el fin de nuestro descanso? Abrís una caxa; no hay duda: está vacía, mirad que no, que está llena de ayre. Esto ya yo lo sé; pero como esta caxa no se hizo para guardar ayre, digo que está vacía: y decís bien. Pues hombre, si no te hizo Dios para que seas arca de viento, ¿cómo no has de estar vacío con todo el viento de las honras?

Ahora Christianos antes de hallar el fin ultimo que hoy buscamos, pongo fin á esta Doctrina con una parabola, que servirá de exemplo, y la refiere el piadosísimo Juan Raulino (t. 1. de Morte, cap. 16.) dice: que en cierta Ciudad, un Poderoso, es-

sula estraña, y rara; porque dixo, que institua por heredero de su hacienda toda, que era mucha, al hombre que se hallára mas necio; y para esto les tomó juramento á sus Albacás, de que lo cumplirían así. Dicho de necio, dirán, ya lo oyo. Pero vén aqui puestos en una gravísima dificultad á los Albacás, sobre el determinar quién sería el heredero, porque necios á cada paso los hallaban; pero como havia de ser el mas necio, no era facil entre muchos necios determinar qual lo era mas. Visitaron muchas clases de necios, que no hay ahora lugar de referirlas, y continuando en sus diligencias, llegaron á una Ciudad, á cuyas puertas, entre muchedumbre de gente, y Ministros de Justicia, encontraron á un miserable hombre, que desnudo, y maniatado lo llevaban á ahorcar. ¿Preguntaron al punto, que porqué? Por que este año acaba de ser Gobernador de esta Ciudad. ¿Por eso? ¿Pues ha cometido algunos delitos? No señor; pero es ley que aqui hay, que el año que cada uno gobierna, se le dé gusto en todo quanto pidiere, y mandare; que sea muy servido, y obedecido de todos; pero en cumpliendo el año, al punto, sin remision alguna, lo saquen fuera, y lo ahorquen: y eso vamos á executar. ¿Fuego, eso hay? ¿Y con eso hay alguno, que quiera entrar por Gobernador? es imposible, es imposible; porque ¿quién havia de querer ese gobierno, aunque fuera de todo el mundo, habiendo tan presto de acabar su gobierno en una horca? Y así no tendreis ya quien sea vuestro Gobernador. ¿Cómo no? entren en la Ciudad, y lo verán. Entraron, y vieron á uno, que con grandes ansias, diligencias, regalos, y dineros pretendia el gobierno. ¿Esto sucede? dicen atonitos al verlo: ¿tal hombre pueda haver en el mundo? Pues ya no tenemos mas que cansarnos: éste, éste es el mayor necio que hay, ni puede haver en el mundo. Y al punto le entregaron toda la herencia. Padre (me dirán) ¿dónde sucedió eso? ¿Sabén donde? Aqui está sucediendo hoy, y está sucediendo en todo el mundo. Aquel poderoso, que hace su testamento, es el mundo, que cada día se vá haciendo: *Testamentum hujus mundi*, que dixo el Espíritu Santo: Dixa por heredero de todos sus bienes al mas necio. ¿Y quién es éste? Tú, y yo, que sin mirar que todas las cosas del mundo, que todos sus deleites, que todos sus gustos, que todas sus riquezas, y que todas sus honras no son mas que una horca, que infamemente ahoga, y que vilmente mata; con todo eso las buscas con tantas ansias, que por ellas olvidas el nobilísimo fin para que Dios te crió: pues si nada puede de todo lo criado llenar nuestro corazon, si nada basta ni del cielo, ni de la tierra, fuera de Dios, á darle descanso cumplido á nuestra alma; nada fuera de Dios, es el fin para que fuimos criados: busquemos, pues, solo aquel fin donde hemos de hallar nuestro descanso, nuestra quietud, y nuestra gloria.

PLA-

## PLÁTICA XII.

Del fin ultimo para que fuimos criados, que es solo Dios.

A 29. DE JUNIO DE 1690.

SI fuera tan facil de conseguir, como es facil de adivinar lo que todos desean, lo que todos apetecen, y lo que todos buscan, nadie havia, que no fuese cabalmente dichoso. Prometióles en Atenas un Farsante á sus oyentes, que á la primera vez que se juntasen en el Theatro, les havia de ir adivinando á cada uno lo que tenia en su pensamiento. Promesa fue esta, que corriendo la voz, se alborotó el lugar, se picó la curiosidad, y se apifó de innumerable gente el concurso. ¿A ver cómo adivina? ¿A ver qué nos dice? Tan antigua es la curiosidad en los oyentes: quizá por eso suele ser tan poco el provecho. Yá juntos, y yá con los deseos impacientes, quando por oirlo adivinar no chistaban sus atenciones, el taymado, despues que puesto en el Theatro, les dió bien á desear su adivinanza, con mucha socarra les dixo: ¿Ea, qué vá, y que os adivino lo que teniais en el pensamiento? Pues mirad: *Omnes vultis vili emere, & carò vendere*: todos queréis comprar barato, y vender caro. ¿No es así? Miraronse los unos á los otros, y asomandoseles la risa á conñear la verdad: acertó, acertó. Debía de ser despacho de Flota, si es que para esto son menester despachos, los unos á comprar barato, los otros á vender caro: Bso teneis todos en vuestros pensamientos. Acertó, gritaba el aplauso. No acertó, ignorantes, dice, haciéndoles callar S. Agustín, que es quien lo refiere. (S. Aug. l. 13. de Civ. cap. 3. II. Conc. 2. in Ps. 32.) No acertó, que no todos tienen siempre esos pensamientos: muchos havia alli, que ni tendrian que vender, ni que comprar; muchos, que por conseguir una alhaja de su estimacion no reparan en que sea cara; y muchos tambien, que como compran para no pagar, se les dá muy poco del precio: que por eso quizá se dixo: El codicioso, y el tramposo presto se conchaban. Luego no á todos les adivinó el pensamiento.

Ahora; ¿mas que yo mejor os lo adivino? Pues mirad, todos deseais ser bienaventurados, conseguir el descanso, la quietud, y el gusto; ninguno quiere ser desdichado. *Asi dixisset* (corrige Agustino) *omnes beati esse vultis, miseri esse non vultis, dixisset aliquid, quod nullus in se non agnosceret.* ¿No es así? ¡Fieles! Hay alguno en todo mi auditorio; ¿qué digo? ¿Hay alguno en todo el mundo, que no tenga estos deseos, estas ansias? Id preguntando uno á uno: Soldado, ¿qué buscas por tantos peligros? Tener despues descanso en la paz. Navegante, ¿qué buscas por tantos riesgos? Tener descanso alguna vez en mi casa. Oficial, Mercader, Labrador, hombre, muger, ¿qué buscas con el afán, con la diligencia, con la fatiga, con el cuidado? ¿Qué buscas?

¿qué deseas? ¿qué quieres? El descanso, la conveniencia, el gusto: ese es el fin á que corren como líneas, buscando el centro, todos los cuidados de los hombres. ¿Pero quién en el mundo lo consigue? ¡Oh, Dios! Respondame uno solo de mi auditorio: ¿qué digo de mi auditorio? Respondame uno solo del mundo. Hombre, ¿tienes cabal descanso? ¿estás del todo contento? ¿No tienes ya nada, nada que desear? ¿Quién me responde? ¿Quién ha de responder, si un Alexandro, Señor de todo un mundo, porque solo en relacion le faltaba otro, se pone afligido á llorar? ¿Pues valgame Dios! Este descanso cumplido, esta quietud entera; este gusto cabal, si todos lo buscan en el mundo, ¿cómo no hay, ni ha habido en el mundo ninguno que lo halle? Yo os lo diré, dice S. Agustín, aun mas de experimentado, que de sábio, en el Libro de sus Desengaños, que él llamó Confesiones: (L. 4. Conf. c. 12.) *Non est requies ubi queritis eam; querite quod queritis; sed ibi non est ubi queritis.* ¿Sabéis porqué no hallais el descanso? Porque lo buscáis donde no está. El enfermo no envía por las medicinas á la plateria, no, sino á la botica. ¿El que busca una pieza de plata vá á preguntar por ella en la botica? ¿No, viene á la plateria? Pues si cada cosa se busca en el lugar donde está, si buscáis el descanso donde no está, ¿qué descansó queréis? Buscadlo, buscadlo, no os digo que no busquéis: *Querite quod queritis*; pero sabed; que no está donde lo buscáis. Pues si lo hemos de buscar, ¿dónde está ese descanso, para que allí buscándolo, lo hallemos?

Esta misma es la pregunta; que hoy se nos sigue en el Catecismo: ¿Para qué fin fue criado el hombre? ¡Oh, si la respuesta la pusiera yo gravar con una punta de diamante en todos nuestros corazones! Responde, pues, así: *Para amar, y servir á Dios en esta vida, y despues verle, y gozarle en la otra.* Ese es nuestro fin: ¿ese es nuestro fin? Pues confieso, yo conozco que nuestro principio fue el mas vil, y el mas abatido del mundo: *Pulvis es, somos polvo por nuestro principio*; pero por nuestro fin, salga el Angel mas puro; salga el Querubin mas sábio, salga el Serafin mas encumbrado, y diganme si tienen fin mas noble, mas sublime, mas soberano. Hombres; para ver á Dios fuimos criados, para descansar en Dios, para poseer á Dios, para gozar de Dios. ¿Qué buscan nuestros deseos, si esto no buscan? ¿Qué solicitan nuestros cuidados, si esto no solicitan? ¿No buscáis el descanso, la quietud, y el gusto? Pues el medio es servir á Dios en esta vida: todo lo demás es engaño. Venid á mi todos los que andáis afligidos; que sois todos, os dice Jesu-Christo. Venid á mi todos los que debaxo de la carga gemís; afligidos del peso, que sois todos. Venid á mi, y yo os aliviare: tomad sobre vosotros el yugo de mi Ley; y hallareis el descanso: *Et invenietis requiem animabus vestris.* ¿Puede ser el medio mas suave? No hay quien no pueda emprenderlo al punto. Si para entrar en el Cielo fuera menester ser Pretado, Principe, ó Mo-